Guillermo Meyer Förster

# JUVENTUD DE PRÍNCIPE

Comedia en cinco actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1912

JUVENTUD DE PRINCIPE

G. MEYER FÖERSTE

# Juventud de Príncipe

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Traducido y arreglado a la escena española por

CARLOS COSTA y JOSÉ M.ª JORDÁ

Se estrenó esta obra con gran éxito
en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid la noche del
12 de Marzo de 1910



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1912

# REPARTO

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| CATALINA | Srta. | Pérez de Vargas. |
| SEÑORA RUDER | » | Dominguez. |
| ANA | » | Sánchez. |
| CARLOS ENRIQUE | Sr. | Rivero. |
| MINISTRO DE ESTADO | » | Bonafé. |
| DOCTOR JUTTNER | » | Vilches. |
| CONDE DETLEV DE ASTERBERG | » | González. |
| LUTZ | » | Zorrilla. |
| INTENDENTE | » | Pacheco. |
| CHAMBELAN | » | Acevedo. |
| RUDER | » | Portes. |
| CARLOS BILZ | » | Molinero. |
| WEDEL | » | Pacheco. |
| SCHOLERMAN | » | Desala. |
| KELLERMAN | » | Caba. |
| BREITEMBERG | » | Portes. |
| ENGELBRECHT | » | R. Santijo. |
| METZING | » | Caba. |
| MÚSICO 1.° | » | Muela. |
| GLANZ | » | Desala. |
| ESTUDIANTE 1.° | » | Acevedo. |
| IDEM 2.° | » | Capilla. |
| IDEM 3.° | » | Insúa. |



# ACTO PRIMERO

Vestíbulo en el palacio del Príncipe de Karlsburg. Habitación sombría adornada con tapices de los Gobelinos. En el centro, una puerta que da acceso a las habitaciones del príncipe. Puertas a derecha e izquierda y en cada una de ellas un lacayo. Algunos grupos de gentileshombres hablan en voz baja. En primer término están los Chambelanes Metzing y Breitemberg. El conjunto da impresión de tristeza.

## ESCENA PRIMERA

METZING, BREITEMBERG, GLANZ y SCHOLERMAN

MET. (Nerviosamente.) La conferencia parece que se prolonga. ¿Quién está allí?

BREI. Su Excelencia el Ministro de Estado.

MET. Es de suponer, como de costumbre, que no ocurrirá nada de particular (Bosteza.) Estoy fatigado.

BREI. (Con indolencia y flema.) Bueno. (Dirige la mirada hacia la puerta.)

## ESCENA II

Los mismos y el MINISTRO DE ESTADO entrando por el foro. Este lleva una cartera en la mano y saluda con frialdad.

MET. ¡Excelencia! (Gran reverencia.)

BREI. ¡Excelencia! (Hace lo mismo. Saluda y después ha-

ce una señal a Glanz. Habla fríamente, con lentitud y acentuando las palabras.)

MIN. Su Alteza Serenísima recibe en este momento a Su Alteza el príncipe heredero. En cuanto el príncipe salga de la habitación de Su Alteza Serenísima, dígale que le ruego me conceda unos minutos de audiencia.

GLA. Perfectamente, excelencia. (Saluda con frialdad a los gentileshombres.)

MIN. Buenos días, señores. (Disponiéndose para salir.)

MET. Permítame, señor ministro, que le felicite por el brillante examen de Su Alteza el príncipe heredero, que se debe principalmente a la acertada dirección de vuestra excelencia.

BREI. Una mi felicitación a la de mi compañero, señor ministro.

MIN. Ciertamente; el examen ha sido brillante.

MET. Aseguran que el tribunal ha felicitado a Su Alteza.

MIN. Es cierto.

MET. ¿Tardará mucho el príncipe a ingresar en la Universidad de Heidelberg?

MIN. Está señalada para mañana su marcha. Buenos días, señores. (Sale.)

MET. ¿Se sabe quién acompañará al príncipe a Heidelberg?

BREI. ¡Qué sé yo!

MET. ¡El doctor Juttner! ¡Ese pobre hombre!

BREI. ¿Pues quién había de acompañarle?

MET. ¿Quién? Un gentilhombre. Su Alteza, al mismo tiempo que ingresa en la Universidad, hace su ingreso en el mundo y nadie me parece más indicado que un gentilhombre para guiarle según las fórmulas de la más escrupulosa etiqueta. Esta es mi opinión.

BREI. Me parece razonable.

## ESCENA III

Los mismos y el INTENDENTE de Palacio, apareciendo por la puerta dol foro.

INT. ¿Está aquí el ayuda de cámara Lutz?

SCHOL. No está, excelencia, pero iré en su busca.

INT. Vaya enseguida: le necesita su Alteza.

SCHOL. Al instante, excelencia. (Sale y el Intendente también se retira por la puerta del foro.)

MET. Vivimos en plena rutina. Nada más que por el hecho de que ese profesor ha educado al príncipe, le acompaña a Heidelberg. ¡Parece increíble; un hombre que no tiene idea de las reglas más elementales del buen vivir!

BREI. No hay motivo para indignarse. ¡Qué le vamos a hacer!

MET. No creo que ningún príncipe haya sido educado con mayor indiferencia que el nuestro. Su Alteza no se ha preocupado nunca de la educación de su sucesor.

BREI. Es cierto.

MET. Rutina y nada más que rutina.

## ESCENA IV

Los mismos, SCHOLERMAN y LUTZ, que entra

LUTZ ¿Dónde está Su Alteza?

SCHOL. Venga por aquí, señor Lutz.

LUTZ (Haciendo una reverencia a Breitemberg.) ¡Señor Barón!

BREI. Su Alteza desea hablarle. (Lutz sale por el foro.)

MET. Hoy se prolongan mucho las audiencias.

## ESCENA V

Los mismos y el INTENDENTE que aparece por el foro

INT. Señores, debo manifestarles que Su Alteza da por terminadas las audiencias de hoy. Al mismo tiempo he de rogarles que tomen nota de lo siguiente: (Leyendo un papel que lleva en la mano.) «Mañana, a las diez, saldrá para Heidelberg el príncipe heredero. Si la salud se lo permite su Alteza Serenísima irá a la estación, donde se reunirá la Corte. Los gentileshombres vestirán traje de calle y los oficiales uniforme de gala.» Hay que trasladar a los interesados, copia de esta orden. (Saluda con una ligera inclinación de cabeza.) Buenos días, señores. (Se retira por la derecha abriendo los lacayos rápidamente las puertas.) Señor de Breitemberg, ¿quiere usted dispensarme el obsequio de acompañarme? (Sale por la izquierda con Breitemberg.)

## ESCENA VI

Los lacayos SHOLERMAN, GLANZ y REUTER
Se oye el ruido del relevo de la guardia. Mientras éste se verifica, los lacayos estarán inmóviles y sileneiosos.

GLA. Con la partida del príncipe desaparecerá la unica persona que ha soltado alguna franca carcajada en el palacio durante estos últimos años.

SCHOL. Habla más bajo.

GLA. El viejo está en sus habitaciones con las ventanas completamente cerradas. Esto tiene más de cárcel que de palacio.

SCHOL. Más bajo. (Estremecido.) El señor Lutz.

## ESCENA VII

Los mismos y LUTZ

LUTZ (De buen humor.) ¿Se han marchado esos señores? Perfectamente. Hay que prepararlo todo para el viaje, Scholerman. (A Glanz.) Usted se encargará de arreglar mis maletas. El equipaje de Su Alteza ha de estar listo para las cuatro, hora en que yo lo examinaré. Es necesario hacerlo todo con rapidez. (Le hace señal de que se vaya. Glanz sale. Lutz se dirige a Reuter.) Vaya a decir al jefe de comedor que almorzaré a las tres. Que prepare un *menú* ligero, porque siento el estómago un poco fatigado. Deseo que en la mesa no falte una botella de Burdeos.

RUD. Perfectamente, señor Lutz. (Se dirige hacia la puerta.)

LUTZ (Llamándole.) El Burdeos ha de estar algo caliente.

RUD. Muy bien, señor Lutz.

LUTZ Usted, querido Scholerman, tomará el tren de las cinco de la tarde, ¿a que hora llegará a Heidelberg?

SCHOL Mañana a las siete, señor Lutz.

LUTZ No está mal; un día antes que nosotros. En cuanto llegue irá usted a ver las habitaciones destinadas a Su Alteza y preparará todo lo necesario para alojarnos como es debido. Creo que con esto y las instrucciones detalladas que le habrá dado el señor Intendente, no necesitará usted más.

SCHOL. Tal creo, señor Lutz.

LUTZ Vayamos a otra cosa. Para mí, necesito dos habitaciones que no sean grandes ni lujosas, pero que tengan comodidades. Huelga decir que debe reservar las mejores habitaciones para Su Alteza, pero ello

no ha de ser obstáculo para que pueda yo decirle que me hallo bien en las mías.

SCHOL. Comprendido, señor Lutz, comprendido.

LUTZ (Fríamente.) En cuanto a las habitaciones del doctor Juttner, preceptor o si se quiere director científico de Su Alteza, no se preocupe usted por ellas: las más modestas servirán para el caso.

SCHOL. Muy bien, señor Lutz.

LUTZ Hace ya algún tiempo que el doctor Juttner se permite hablarme en un tono que no debiera tolerárselo. Al fin y al cabo yo tengo un empleo fijo en la corte de Karlsburg... mientras que él... Afortunadamente pronto dejaremos de sufrirle, porque dentro de un año ya no tendrá nada que hacer en la corte.

SCHOL. Ciertamente.

LUTZ Pero, no se por qué me irrito. (Pasea y después de una pausa dice dándose importancia.) Su Alteza acaba de mostrarse muy afectuoso conmigo. ¿Sabe usted lo que me ha dicho su Alteza Serenísima? «Lutz, tengo confianza en usted».

SCHOL. ¡Admirable!

LUTZ «Su Alteza el príncipe heredero, es un joven inocente que nada conoce del mundo: ha crecido severamente dirigido, entre los muros de Karlsburg, y nada más.»

SCHOL. ¡Es cierto!

LUTZ Por este motivo no han buscado un lacayo cualquiera para que le acompañe a Heidelberg, habiendo sido yo el agraciado porqué sabré hacer respetar allí las reglas más esenciales de la vida de la corte. Váyase, pues, Scholerman. Telegrafíe al llegar y prepare todo lo necesario para recibirnos como es debido.

SCHOL. Muy bien, señor Lutz.

LUTZ Hasta la vista.

SCHOL. Hasta la vista, señor Lutz.

## ESCENA VIII

Los mismos y el DOCTOR.

Scholerman al disponerse a salir, se encuentra con el doctor Juttner a quien saluda respetuosamente aguantando la puerta para que pase más cómodamente. El doctor Juttner es corto de talla. Respira con alguna dificultad y aun en los momentos en que se entrega a la alegría, siempre aparece aquélla velada por la tristeza. Es un hombre quebrantado, pero que en ningún momento puede aparecer grosero.

DOCTOR ¿Dónde está el príncipe?

SCHOL. Se halla aún con su Alteza Serenísima. (Sale.)

DOCTOR (Á Lutz.) Vaya usted a buscar un indicador de ferrocarriles.

LUTZ (Fríamente.) ¿Un qué?

DOCTOR ¿A qué hora pasa el tren por Francfort? ¿A qué hora llegaremos a Heidelberg? ¿Será de noche? Vaya por el indicador inmediatamente.

LUTZ ¿Yo?

DOCTOR (Hablando consigo mismo.) Llegará cerca de las nueve. ¡Dios mio, mañana a Heidelberg! Sólo falta una noche y un día. (Hablando alto.) El indicador está en mi habitación, sobre la mesa.

LUTZ (Fuera de sí.) Permítame usted...

DOCTOR (Hablando en alta voz y consigo mismo.) ¡Qué alegría pensar que después de ocho años de encierro en este castillo, mañana estaré en Heidelberg! ¡Permita Dios que este viejo profesor enfermo, pueda recobrar la salud en su querida Heidelberg! Usted, Lutz, que siempre ha vegetado entre estas paredes, verá lo que es la vida en Heidelberg. ¿No conoce usted la población?

LUTZ (Impasible.) Que yo sepa, no.

DOCTOR ¿Y el indicador? ¡Vaya usted por él al instante!

LUTZ (Fuera de sí.) Permítame usted, señor doctor.

DOCTOR ¿Cómo?

LUTZ Permítame que le diga, señor doctor, que en este castillo no estoy encargado de semejantes faenas.

DOCTOR No diga usted tonterías. Necesito el indicador.

LUTZ (Temblando de rabia.) ¡Tonterías!

DOCTOR Debo hacerle una observación, Lutz. No me aburra con la repetición de escenas como ésta, porque no estoy dispuesto a tolerarlo. Le mandan a Heidelberg y debe estar satisfecho. Hoy no quiero enfadarme. Espero que no volverá a excitarme los nervios con tales ridiculeces. Esto, aquí, dentro del Castillo, está en carácter, pero en Heidelberg no toleraré semejantes desplantes. Ya está usted avisado.

LUTZ Señor doctor...

DOCTOR ¡Chitón! (Hablando para sí.) Las cosas que tengo que hacer, todavía: recoger el reloj, arreglar la ropa, ordenar los libros, despedirme de los amigos... Me siento rejuvenecido. (Con satisfacción contenida y con cierta melancolía.)

## ESCENA IX

Los mismos y el MINISTRO que entra por la puerta de la derecha, abriéndosela un LACAYO. LUTZ hace una reverencia,

MIN. ¿Su Alteza el príncipe heredero está aún con su Alteza Serenísima?

LUTZ Sí, excelencia. (El Ministro pasea sin fijarse en los que están en el salón. Después levanta los ojos y hace una señal a Lutz).

MIN. Esperaré aquí. (Luzt sale, después de haber hecho una reverencia.)

DOCTOR Excelencia... (Disponiéndose a salir y saludando.)

MIN. (Levantando los ojos.) El doctor Juttner... No le había visto.

DOCTOR Excelencia... (Hace ademán de marcharse.)

MIN. Quédese usted, se lo ruego. (Durante esta escena y la siguiente el ministro habla lentamente. De su persona ha de manar el frío glacial característico de la corte de Karlsburg. Representa al príncipe y debe mostrarse frío y altanero como si fuese el príncipe en persona. Estará sentado en un sillón, casi inmóvil.) He de comunicarle algo de parte de SuAlteza. El examen del príncipe ha resultado un acto brillante, como esperábamos todos, y como ha sido usted el encargado durante ocho años de su educación científica, su Alteza Serenísima (Se levanta a medias) se ha dignado nombrarle Consejero de Esdo para recompensar sus servicios. (Se sienta.)

DOCTOR Me sorprende, excelencia...

MIN. A mí sólo me toca felicitarle, señor Consero, por la alta distinción que acaban de otorgarle.

DOCTOR Le doy las más expresivas gracias, excelencia.

MIN. Ahora se presenta para usted, señor Consejero, un año de graves responsabilidades. Recientemente se ha establecido la costumbre que no me atrevo a calificar, de de mandar a los príncipes de las casas reinantes a cursar un año en una Universidad. Su Alteza Serenísima ha decidido seguir esta costumbre, y en su consecuencia manda al príncipe heredero a la Universidad de Heidelberg, con el propósito de no variar en nada los principios que han servido de base a su instrucción y educación científica. ¿Creo que me ha comprendido usted?

DOCTOR Perfectamente.

MIN. Por lo tanto, señor Consejero, tendrá usted que tomarse la molestia de pasar a las

cinco de la tarde por el ministerio, donde le comunicaré el plan de estudios detallado a que debe sujetarse su Alteza en Heidelberg.

DOCTOR (Levantándose con asombro.) ¿Un apln de estudios?

MIN. Naturalmente.

DOCTOR (Con excitación.) ¿La vida del Príncipe en Heidelberg tendrá que sujetarse a un plan?

MIN. (Sorprendido y fríamente.) Evidentemente, señor Consejero, evidentemente.

## ESCENA X

Los mismos y un LACAYO abriendo la puerta del foro, desde dentro anuncia:

LACAYO Su Alteza el príncipe heredero.

MIN. ¡Ah! (Se levantan el Ministro y el Doctor.)

## ESCENA XI

Los mismos y CARLOS ENRIQUE que aparece en la puerta del foro y entra después de breve pausa. El MINISTRO hace una reverencia.

CARLOS Buenos días, excelencia. Buenos días, Doctor. ¿Me esperaba usted, señor ministro.

MIN. (Con tiesura oficial.) Ante todo quiero felicitar a Vuestra Alteza por el éxito que ha alcanzado en sus exámenes.

CARLOS Muchas gracias. (Titubeando.) ¿Quiere usted tomar asiento?

MIN. (Se sienta y tose. Silencio.) Con permiso de Vuestra Alteza indicaré la dirección que Su Alteza serenísima desea dar a sus estudios en Heidelberg.

CARLOS (Haciendo fríamente una señal de asentimiento). Yo se lo ruego.

MIN. Su Alteza Serenísima ha dispuesto que no acompañe a Vuestra Alteza ningún gentilhombre de su corte porque desea que continúe en Heidelberg sus estudios con la seriedad científica seguida hasta ahora. Durante el presente año de estudios no hay que pensar en perder el tiempo en placeres sino en aprovecharlo por medio de un trabajo serio que es necesario para el desarrollo intelectual de Vuestra Alteza. (Carlos Enrique hace una señal de asentimiento.) A pesar de lo dicho...

DOCTOR (Con excitación.) He de observar que... que... (Busca la palabra, pero no la encuentra. Tose el Ministro y con aire descontento se fija en el Doctor. Después de breve pausa, continúa impasible, glacial.)

MIN. A pesar de lo dicho, Vuestra Alteza en las horas de solaz podrá recrearse dando paseos por el bosque, por la hermosa campiña, y el buen gusto artístico de Vuestra Alteza hallará satisfacción cumplida visitando el célebre castillo, que tiene importancia histórica por haber residido en él, el rey de Bohemia, quien en calidad de conde palatino, buscó refugio allí después de la batalla de la Montaña Blanca. (Carlos Enrique hace señal de asentimiento.) El señor Consejero de Estado, doctor Juttner, estará encargado...

CARLOS ¿Consejero de Estado?

MIN. El señor Consejero de Estado doctor Juttner, estará encargado de guiar a Vuestra Alteza en esta nueva etapa de su vida. (Se levanta.) Deseo dentro de un año poder saludar a Vuestra Alteza y ofrecerle de nuevo mis respetos.

CARLOS ¿Veré más tarde a vuestra excelencia?

MIN. Iré a despedir a Vuestra Alteza a la estación.

CARLOS Muchas gracias. (Se retira el Ministro, acompañándole Carlos Enrique hasta la puerta.)

## ESCENA XII

CARLOS ENRIQUE y el DOCTOR JUTTNER

DOCTOR (Dejándose caer en un sillón y lanzando un profundo suspiro.) ¡Ah!

CARLOS ¿Consejero de Estado?

DOCTOR (Con amargura.) Sí. ¡Y recibiré la gran cruz de Sajonia y Dios sabe cuantas cosas más!

CARLOS ¿Qué ocurre, doctor?

DOCTOR (Fuera de sí pero conteniéndose, sombrío y a media voz.) ¡Ah! ¡No puedo más! Vete solo, Carlos Enrique, yo no puedo acompañarte. Haz lo que quieras, pero déjame en libertad. Basta ya con ocho años de dirigir tus estudios.

CARLOS Pero, ¿qué ocurre?

DOCTOR ¡Que nos sueltan un plan de estudios! ¡Nada menos que un plan de estudios! El trabajo asiduo y regulado. Nada de diversiones en Heidelberg. ¡La seriedad de la cultura intelectual! ¡Oh, es demasiado! Vete solo, Carlos Enrique. Vete solo, hijo mío. Yo no puedo acompañarte.

CARLOS Pero doctor... (Cogiéndole las manos.) ¡Querido doctor! ¡Viejo regañón!

DOCTOR Tienes razón, soy un viejo molesto. ¡Ya lo sé! He envejecido en pocos años. Cuando entré en este castillo era joven todavía y tú eras un muchachillo que no levantaba tanto así del suelo. (Señala una altura mínima con la mano.) Te juro que si no te hubiese tomado cariño, tiempo ha que estaría lejos de este Palacio, donde he vivido poco menos que prisionero sin luz, sin aire, sin alegría. Mil veces he sentido la tentación de escapar, pero siempre me ha faltado valor para abandonarte.

CARLOS (Apretándole las manos.) ¡Pobre amigo mío!

DOCTOR ¡Sólo una esperanza y una ilusión tenía: Heidelberg! Solos allí los dos, en la vieja ciudad, dispuestos a gozar de la vida como los demás hombres. Pero ese maldito plan de estudios ha venido a destruir todas nuestras ilusiones. ¡El trabajo asiduo y regulado! ¡Mal rayo!

CARLOS ¡Calma, doctor!

DOCTOR Sí, sí, mucha calma necesito. Ya me callo. En este palacio nadie se atreve a levantar la voz. (Se sienta.) ¡Aquí se ha perdido hasta la costumbre de respirar, y es natural que uno se ahogue!

CARLOS ¿Usted no me abandonará?

DOCTOR Tú no puedes imaginar lo que significa la palabra: Heidelberg. Heidelberg es más hermoso que las caricias de la mujer amada y más alegre que la espuma del champagne. Yo pasé allí los tres años más felices de mi vida... y no he de volver ya...

CARLOS ¡Pero, doctor!...

DOCTOR Vete solo. Deja al pobre Consejero de Estado. Los Consejeros y el plan de estudios no casan bien en Heidelberg.

CARLOS Vamos, querido doctor, vamos a probar una copa de buen vino, a ver si logra cambiarte las ideas.

DOCTOR No, no; nada de alcohol. ¿Y qué crees tú que puede hacer en Heidelberg un hombre que sufre hipertrofia del corazón y que no puede probar el vino? Me encerraron en este Castillo para matarme. La única distracción consistía en comer bien y beber mejor. Quietud completa y el aburrimiento a perpetuidad. ¡He pasado ocho años casi sin moverme!

CARLOS Eso cambiará por completo en Heidelberg. Allí recobrará usted la salud.

DOCTOR No, hijo mío: un hombre como yo, para cuidar su salud, ha de ir a Carlsbad en vez de Heidelberg. Heidelberg no se ha hecho para los viejos enfermos y achacosos.

CARLOS (Pasándole la mano por el hombro.) ¡Oh! usted no me abandonará. ¡Qué sería de mí!

DOCTOR (Enternecido.) Tienes razón. Haré lo que deseas. No quiero que cuando llegues a viejo y vivas de tus recuerdos, puedas acusarme de haberte abandonado durante el año que puede ser el más hermoso de tu existencia.

CARLOS (Abrazándole.) ¡Bravo, doctor!

DOCTOR Y no sólo te acompaño, sino que estoy dispuesto a ser otra vez joven a tu lado. Mañana en el tren empezaremos ya a gozar de nuestra libertad. (Se oye un ligero redoble de tambor.) ¡Al diablo con todos los tambores! Para nosotros se han acabado ya semejantes ceremonias. (Carlos Enrique se ríe.) Tú no tienes idea de lo que vas a ver. Durante tu vida no has conocido más que chambelanes, cortesanos y lacayos.

CARLOS No hay que exagerar, doctor.

DOCTOR No repliques. ¿Qué sabes tú del mundo? Aquí encerrado no has conocido a nadie, ni muchachos como tú, ni amigos, ni amigas... ¡Bueno... eso sería lo de menos! pero si ni una vez siquiera has salido a la calle.

CARLOS ¿Y eso que importa?

DOCTOR Te equivocas; eso es lo más importante. Lo más importante en la vida. Ser libre y recorrer dignamente el camino. (Va a salir, se para y con gravedad, pero con aire feliz, pone las manos en las espaldas de Carlos Enrique.) Vamos, hijo mío, prepárate para hacer en Heidelberg tu entrada en el mundo. ¡Allí tus ojos se abrirán a la vida!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Jardín del restaurant Ruder, en Heidelberg. A la derecha, la casa, detrás de la cual, en último término, se prolonga el jardín. Un muro bajo cierra el jardín por el lado del río Neckar. En el centro de este muro una abertura que da acceso al embarcadero. Al otro lado del río se levanta el histórico Castillo de Heidelberg. A la derecha puerta que comunica con la calle.

## ESCENA PRIMERA

RUDER, SEÑORA RUDER y ANA

RUD. No puedo más. Es mucha carga para mí. ¿Dónde está Catalina? Que venga en seguida para ayudarme.

S. RU. No te apures, hombre.

RUD. Son las siete y media y el príncipe llegará de un momento a otro. Su Alteza querrá ver las habitaciones que tiene reservadas y después pedirá la cena. A las ocho se reunirán aquí los estudiantes y es necesario colocar bien en el jardín las mesas y bancos para que puedan comer y beber cómodamente. No puedo con tanto trajín.

(Los músicos afinan los instrumentos.)

S. RU. Pero en cambio ningún dueño de hotel en Heidelberg podrá presumir de tener por huésped, durante un semestre, a un príncipe de carne y hueso.

ANA ¡Ninguno!

RUD. ¡Claro! ¿Dónde está Catalina?

S. RU. ¡Catalina! (Llamando.)

RUD. Que venga al instante a ayudarme a poner en orden todo esto.

ANA ¡Catalina! (Llamando.)

RUD. ¡Casi todo está por hacer!

S. RU. ¡Catalina! (Llamando.)

CAT. ¡Aquí estoy! (Desde dentro.)

RUD. ¿Que hacen estos músicos? ¿A qué tocar si no hay nadie todavía? Mejor sería que nos ayudaran un poco.

S. RU. Si no tocan; están afinando los instrumentos.

RUD. Lo mismo da, pero debieran ayudarnos.

MUS. 1.° Con mucho gusto. ¿Cómo han de colocarse las mesas? (Cogiendo con otros músicos las mesas.)

RUD. En el jardín; allá a la derecha, junto al río. Primero hay que colocar a los de Suabia. Siguen a éstos los vándalos, después los prusianos, a la derecha los sajones y los de Westfalia y en el fondo los del Rhin. ¡Tener que recordar estas combinaciones!

## ESCENA II

Los mismos, CATALINA

CAT. (Que entra por el foro vestida de blanco, delantal blanco, cinturón de cuero del cual pende una bolsa también de cuero y un manojo de llaves.) ¡Cualquiera descansa hoy! Me llaman de todas partes y no me dejan ni un instante. (Mirando a Ruder.) ¡Jesús! ¡Mi tío vestido de frac! (Le examina.) Deja que te vea; vuélvete. (Le hace volver a derecha e izquierda.) ¡Estás muy *chic!* (A los músicos.) Me parece muy bien que nos ayuden ustedes. (Da órdenes a todos.) Pongan eso allá, a la izquierda. Las mesas

hay que colocarlas bien. Así. Vengan esas rosas. (Le entregan un gran «bouquet» de rosas que estará sobre una mesa.)

S. Ru. ¿Te has puesto el traje nuevo?

Cat. ¡Claro! No sé: pero cuando me encuentre al príncipe delante, se me figura que no voy a saber qué decirle.

Rud. ¡Pues puedo asegurarte que no se te comerá.

Cat. ¡He soñado con él toda la noche! Me pareció verle subiendo la escalera, cubierto de condecoraciones y saludando a todos majestuosamente. Yo me adelanté para darle la bienvenida... pero no recordé ni una palabra de la poesía que tengo que recitarle.

Rud. ¿Y qué más?

Cat. Nada más. El miedo me despertó.

Rud. Que no te ocurra al llegar el príncipe lo que te ha ocurrido soñando, y que te acuerdes de los versos.

Cat. ¡Ya lo creo! Ahora ensayaremos la ceremonia. Usted, tío, póngase aquí, y la tía a este lado. Bien. El príncipe entra por allí y yo me adelanto y le digo... No, no es eso. Mi tío se coloca allí, con el ramo en la mano y cuando el príncipe entre, usted, (Señalando a Ruder.) me dará el ramo y yo se lo entregaré, diciéndole... (Se oye ruido de estudiantes que se acercan.) ¡Jesús! ¡Ya están aquí los sajones!

## ESCENA III

Los mismos y ESTUDIANTES

(Se oye ruido de carruajes, chasquidos de fustas y gritos estridentes, risas, guitarreo, algarabía. La orquesta ejecuta la marcha de los sajones. Estos llegan

después luciendo las gorras blancas y la divisa azul obscuro. Entran DETLEV, ENGELBRECHT, BILZ, KELLERMAN y otros; algunos llevan perros.)

DOS VOCES ¡Kellerman! (Entran todos armando algarabía.)

CAT. ¡Qué modo de alborotar! Armais más ruido vosotros que todos los demás juntos. Cuidado con los perros.

EST. 1.º ¡Bien por Catalina, la del traje nevado!

EST. 2.º ¡Salud, Catalina!

ENG. Contemplad a la bella Catalina, amigos míos. Parece un armiño. (Los estudiantes la rodean.)

CAT. ¡Dejadme!

COND. ¡Kellerman!

KELL. ¿Manda algo el señor Conde?

COND. Sí; que te lleves los perros. Voy a pronunciar un discurso.

TODOS ¡Bravo! ¡Venga oratoria!

BILZ (Es un antiguo estudiante que dice con dulzura y alegría.) No abuses de la elocuencia.

COND. (Con afabilidad y amablemente.) Quiero hacer el elogio de la Belleza y espero que no os opondréis a ello. Nadie hasta hoy me ha visto arrodillado a los pies de una mujer, y como no pienso volver a repetirlo, os suplico, queridos compañeros, que os fijeis bien en la postura, porque éste será un momento histórico de mi vida. (Se arrodilla delante de Catalina.) ¡Catalina!

CAT. (Catalina riendo le coge la cabeza entre las manos.) ¡Pobre muchacho! ¡Ya te han arañado otra vez!

COND. (Declamando.) Hermosa Catalina, soberana de este palacio encantado; oh, tú, la más bella entre todas las mujeres, yo me declaro el más fiel de tus vasallos y el más rendido de tus adoradores.

CAT. Deja, deja que te vea. Te han rajado todo el carrillo... ¡Jesús!... ¡Qué horror!

COND. (Continuando:) Una palabra sola de tus la-

bios, hermosa Catalina y seré tu criado, tu esclavo, tu bufón y cuanto se te antoje.

CAT. (Dirigiéndose a otros estudiantes que llevan la cabeza vendada.) ¡Jesús! ¡A ti también te han puesto la cara llena de dibujos!

COND. Compañeros, relevadme. ¡Kellerman! (Llamándole.)

KELL. ¿Qué desea el señor Conde?

COND. Un cepillo. (Kellerman se saca un cepillo del bolsillo y cepilla la rodilla del Conde.)

CAT. Voy por la cerveza. Os la serviré allá abajo. (Señala el fondo y sale por el foro, riendo, seguida de algunos estudiantes que bromean con ella. La orquesta ejecuta la canción del «Bufón Perkéo.» El Conde la canta.)

COND.

Micer el gnomo Perkéo
fué señor de Heidelberg;
tenía enorme corcoba
y era un tonel al beber.
Si todos se le burlaban
él les decía: «¡Por Dios!
bebiérais como yo bebo
reiríais como yo.»

(Los demás también la cantan. La orquesta se dispone a ejecutar la segunda estrofa.) ¡Basta, por Dios, silencio! Eso es una murga de feria. ¡Qué escándalo! Vengan ustedes acá, señores músicos.

MÚS. 1.° A las órdenes del señor Conde.

COND. Amigos míos. Cuando se tiene el honor de ejecutar semejante melodía hay que poner en la interpretación el alma entera para que aparezca toda la gracia y alegría de su música. Voy a invitaros a un *punch* para que vuestras almas que están en seco empiecen a comprender.

MÚS. Muchas gracias, señor Conde.

CAT. (Llevando una bandeja con bocks.) Los que quieran cerveza que me sigan. (Sale por la derecha del foro, seguida de todos los estudiantes.)

COND. (Saliendo.) ¡Kellerman! ¡Kellerman!
KELL. A las órdenes del señor conde.
COND. Haga servir un *punch* a los músicos.
KELL. Perfectamente. (Sale.)

## ESCENA IV

RUDER, SEÑORA RUDER, ANA, después LUTZ y SCHOLERMAN

RUD. Yo no puedo más.
ANA (Entrando precipitadamente.) ¡Ya llegan! ¡Ya están aquí.
S. RU. ¡El príncipe!
ANA ¡Claro!
RUD. ¿Dónde está Catalina? (Se oye el ruido de un carruaje que para frente a la casa.)
S. RU. (Llamando.) ¡Catalina! ¡Ya llegan!
LUTZ (Viste levita y sombrero de copa: entra y mira con extrañeza y después con aire severo y glacial, marcando bien las palabras, dice a Scholerman.) ¿Es aquí?
SCHOL. Sí, señor Lutz.
RUD. (Emocionado.) ¿Ha llegado ya? ¿Está en la puerta?
LUTZ (Fríamente.) ¿Quién es ese hombre?
SCHOL. El dueño del hotel, señor Lutz.
LUTZ (Fríamente y con tono imperativo.) Su Alteza ha querido dar un paseo por la ciudad. Mande retirar el equipaje que está en el coche.
RUD. (Comprendiendo a medias.) ¿De modo que aun no está aquí?
LUTZ (Con gravedad, pero sin levantar la voz.) Estoy sorprendido, Scholerman, de que habiendo llegado con veinticuatro horas de anticipación, para prepararlo todo, no se haya preocupado de indicar cómo debe tratarse a Su Alteza.
SCHOL. (Consternado.) Señor Lutz...

LUTZ ¡Muy bien! ¡Y tenemos un río por vecino! ¿Cómo se llama ese río?

RUD. El Neckar.

LUTZ El Neckar, ¿eh? ¡Y sabiendo que yo sufro de reuma, escoge usted una casa junto a un río!

SCHOL. (Confundido.) Señor Lutz...

RUD. Puedo asegurarle que en toda la población no hay casa más confortable para vivir un estudiante. El conde de Furstenberg ha sido nuestro huésped durante los tres últimos semestres. (Los músicos durante el diálogo estarán afinando los instrumentos.)

LUTZ ¿Qué música es esa?

RUD. Son los estudiantes que celebran la inauguración del curso. Pronto llegarán muchos más.

LUTZ ¿Aquí?

RUD. Naturalmente.

LUTZ ¡Ah! (Se sienta con aire apesadumbrado y como si le faltaran las fuerzas. A media voz dice.) ¡Cómo compensación de las doce horas de ferrocarril, sólo me faltaba caer en esta cueva de bandidos!

RUD. Este es el mejor sitio para admirar la belleza del castillo.

LUTZ ¿Qué castillo?

SCHOL. Aquel.

RUD. El que se levanta allá, a la otra orilla del río.

LUTZ Pregunto de quién es el castillo. ¿Quién lo habita?

RUD. Está en ruinas. Los franceses lo cuartearon a cañonazos.

LUTZ Pues hay que hablar con propiedad: no es un castillo, sino unas ruinas. ¡Me parece que en esta población debe abundar lo ruinoso!

RUD. No, señor, no hay más ruinas que las del castilo.

LUTZ Está bien; Scholerman!

SCHOL. Señor Lutz.

LUTZ ¡Qué hombre más pesado! (Suspira y después se levanta con laxitud.) Quiero ver las habitaciones.

SCHOL. Por aquí, señor Lutz. (Fuera se oye nuevo ruido de carruajes que circulan, fustazos, gritos, risas, ladridos de perro. La orquesta toca.)

LUTZ ¿Qué algarabía es esa?

RUD. ¡Ya llegan! ¡Catalina ya llegan los de Suabia!

S. RU. Y los vándalos también.

RUD. Y también los prusianos. Ya están aquí todos.

LUTZ (Desde un rincón observa lo que ocurre con creciente excitación.) Pero, ¿qué eso? ¿Qué gente es esa?

## ESCENA V

RUDER, CATALINA, LUTZ, SCHOLERMAN y ESTUDIANTES. Al mismo tiempo DETLEV, ENGELBRECHT, BILZ, etc.

(La escena se llena de estudiantes. Los de Suabia con sus colores amarillos; los del Rhin ostentando el color azul; los prusianos con sus gorras blancas caídas hacia un lado; los vándalos color rojo; los de Westfalia color verde, y más a la izquierda, los de Sajonia. La mayor parte de ellos cantan o silban. Atan los perros juntos y con sus ladridos aumenta la algarabía. Muchos van en busca de sillas dentro de la casa, otros golpean las mesas. Gritos de «Cerveza», «Patrón», Catalina».

EST. 1.° ¡Buenos dias, Patrón!

EST. 2.° ¡La sed me ahoga, amigos míos!

EST. 3.° ¡Dónde está Catalina?

TODOS ¡Catalina, Catalina!

EST. 1.° ¡Llevaos a esos malditos perros! ¿Quién sirve aquí?

WED. ¡Eso es una burla indigna. No nos dan cerveza ni podemos ver a Catalina! Amigos míos, os propongo que tostemos a Ruder

en su propia grasa. (Sacudiendo a Ruder.) ¿Dónde está Catalina?

RUD. No lo sé.

WED. (Sacudiéndole.) ¿Dónde está Catalina?

RUD. No puedo más.

WED. Silencio; que Catalina se presente al momento. Que vayan por ella los novatos. Hay que dedicar a Catalina un gran homenaje. Bebo a la salud del conde de Asterberg, del grupo de Sajonia.

COND. (Adelantándose con los de Sajonia.) Y yo os lo agradezco en el alma.

(Se oyen gritos de «¡Catalina!», aumentando por momentos el mismo grito acompañado de «¡Bravo!». Todos repiten el grito al ver que Catalina adelanta hacia el centro de la escena desde donde riendo, levanta los brazos para protegerse y repeler a los estudiantes.)

TODOS ¡Viva Catalina!

CAT. (Riendo a mandíbula batiente.) ¿Es que todos os habéis vuelto locos?

WED. Dame la mano, Catalina.

CAT. (Defendiéndose.) Las manos quietas, ¡eh!

WED. Bueno. Ahora un momento de silencio. *¡Silentium!* Queridos compañeros. Venerables estudiantes de Heidelberg. Estamos en Mayo y al principio de un glorioso semestre. Los antiguos celebraban con fiestas y bailes la llegada del mes de Mayo. Coronemos nosotros la Virtud y la Belleza. Catalina es la muchacha más bella y virtuosa de Heidelberg. Sean, pues, para ella todos los honores.

CAT. Dejadme.

WED. (Reteniéndola.) El grupo de los prusianos entrega a la hermosa dama su divisa en celebración de esta fiesta inaugural. (Le coloca la divisa a manera de banda.) Ninguna mujer, Catalina, alcanzó jamás semejante honor. ¡Llévala dignamente! (Música, aplausos y vivas.)

COND. El grupo de Sajonia felicita a sus compañeros de Prusia y siguiendo su hermoso ejemplo, ofrece también a Catalina su di-

visa ¡Llévala dignamente! (Le entrega la banda.)

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo!

EST. 1.º Ahí va también la de los de Suabia. (Lo hace.)

EST. 2.º Y la del Rhin, Catalina. (Haciendo el mismo juego. Aclamaciones, risotadas. La orquesta toca ruidosamente.)

CON. ¡Un beso ahora, Catalina! Un abrazo por el Tirol y un beso por Heidelberg. (La besa,)

TODOS ¡Bravo! ¡Bien! ¡Bravo!

WED. (Ofreciéndole un bock.) Bebe, Catalina.

(Obligan a Catalina a sentarse en una silla y la levantan en alto rodeándola todos y aclamándola.)

CAT. (Levantando el bock.) A la salud de todos.

CON. ¡Viva la alegría! ¡Viva Heidelberg!

TODOS ¡Viva! ¡Hurra!

(La orquesta toca una marcha y salen todos arrojando al aire los gorros y llevando a Catalina en triunfo.)

## ESCENA VI

LUTZ y SCHOLERMAN. Ambos personajes estarán en la escalera de la puerta de la casa.

LUTZ (Pasmado y fuera de sí.) ¿Qué significa todo eso?

SCHOL. No lo sé, señor Lutz.

LUTZ ¡Son unos salvajes! ¿Ha visto lo que han hecho con esa joven?

SCHOL. ¡Ya lo creo!

LUTZ Es sencillamente escandaloso. Es imposible que Su Alteza permanezca en esta casa. Pasaremos esta noche en el hotel y mañana buscaremos nuevo alojamiento. Aunque es lo más probable que no tengamos que buscarlo, porque no creo que Su Alteza pueda permanecer en esta población.

SCHOL. De todos modos...

LUTZ Yo sé lo que me digo. Estoy ya cansado de lo que me ocurre desde ayer.

SCHOL. (Obsequioso y oficioso.) ¿Le ha ocurrido algo desagradable, señor Lutz?

LUTZ ¡Ya lo creo! Salimos de Karlsburg a las

nueve de la mañana. Las calles estaban atestadas de curiosos y la muchedumbre se agolpaba en los alrededores de la estación. Su Alteza Serenísima, los Ayudantes de campo, el Intendente de palacio y no pocos personajes, fueron a despedir al príncipe. Su Alteza ocupó con el doctor Juttner un reservado y yo me acomodé en otro. Después partió el tren.

SCHOL. Partió el tren...

LUTZ Naturalmente. Tres horas después llegamos a Bebra. Aprovecho la parada para preguntar a Su Alteza si tenía algo que ordenarme, y ese señor doctor me sale con la cantilena de que mientras no me llamen no salga de mi departamento, porque Su Alteza quiere viajar de incógnito. ¡Y me lo dijo en un tono!... ¡Cómo si yo fuese su criado!

SCHOL. (Con embarazo.) ¡Sí!

LUTZ A las cuatro llegó el tren a Francfort. Para tomar un refresco entré en el restaurant donde ví a Su Alteza bebiendo cerveza, sin guantes, y comiendo salchichón de Francfort.

SCHOL. ¿De veras?

LUTZ Los viajeros entraban y salían dando gritos, codeándose con Su Alteza y sentándose algunos en la misma mesa. Salí de mi asombro al oir al príncipe que gritaba: ¡Camarero, otros dos bocks!

## ESCENA VII

Los mismos, CATALINA

(Catalina atraviesa la escena llevando en la mano varios vasos vacíos: volviéndose ,dice riendo a los estudiantes.)

CAT. Un poco de paciencia. Aguardar si queréis. (Se para al pasar junto a Lutz.) ¿Aun no ha llegado el príncipe?

SCHOL. No.

CAT. Hagan el favor de llamarme cuando llegue. Vuelvo al instante. He de darle la bienvenida recitándole una poesía. (Deja los bocks vacíos sobre la mesa.) ¿Es guapo el príncide? ¿Verdad que hemos arreglado bien las habitaciones? Yo me he encargado de poner las guirnaldas en la escalera. ¿Quieren ustedes vino o cerveza? (Gritos de estudiantes dentro.)

ESTU. ¡Catalina!

CAT. ¡Voy! Será la primera vez que veré de cerca a un príncipe de veras. En Viena vi al Emperador.

LUTZ (Severamente.) ¿Qué Emperador?

CAT. ¡El Emperador Francisco José! ¿Tiene los ojos azules el príncipe? ¿Es alto o bajo?

LUTZ ¡Qué pesadez de chica! (Se oye el rodar de un carruaje.)

SCHOL. (Sobresaltado.) ¡Su Alteza!

LUTZ ¿Dónde está?

CAT. ¡Jesús!

SCHOL. ¡Ya llega!

LUTZ Quitad esos bocks.

CAT. ¡Dios mío! ¡Y yo con estas divisas! (Catalina se precipita hacia la puerta de entrada.) ¡El príncipe, el príncipe!

LUTZ Sepárese usted, Scholerman. (Los dos se ponen de pie, sombrero en mano.)

## ESCENA VIII

Los mismos, RUDER, SEÑORA RUDER y ANA

RUD. ¡Dónde está! ¡Dónde está!

LUTZ ¡Atrás!

CAT. Dadme el ramo. ¡Jesús! Ahora no recuerdo como empieza la poesía.

RUD. ¿Dónde está?

LUTZ ¡Atrás!

CAT. Es el de la izquierda. ¡Es simpático!

## ESCENA IX

Los mismos, CARLOS ENRIQUE y el DOCTOR

DOCTOR Allí está Lutz.

LUTZ Alteza...

(Carlos Enrique saluda con el sombrero a la concurrencia. Parece algo cortado.)

DOCTOR Este es el río Neckar. Al otro lado está el Castillo. La vista es maravillosa...

CARLOS Sí; en efecto, es muy bella.

LUTZ He de permitirme hacer observar a Vuestra Alteza, que en esta casa...

DOCTOR (Interrumpiendo a Lutz y riendo.) ¡Ah! Una linda muchacha con un ramo de flores.

CAT. (Adelantando unos pasos y recitando con la cabeza baja.)
Bienvenido, señor de la sagrada herencia,
a la vieja Heidelberg del vino y los amores;
modesta ofrenda sean para vuestra exce-
[lencia
estas pocas palabras y este ramo de flores.
Estas pocas palabras y este ramo de flores
os abran y os perfumen el cuarto de estu-
[diante,
y en las largas vigilias, con el libro delante
en el silencio os hablen de juventud y
[amores.
Y cuando la corona de los oros sagrados,
la majestad os dé de todos los honores,
que os quede la memoria de los tiempos
[pasados,
aunque mi voz se extinga y estén muertas
[mis flores.
Dignaos aceptarlo. (Hace una ligera reverencia y le entrega el ramo.)

CARLOS (Embarazado y con alguna tiesura.) Muchas gracias. (Coge el ramo.)

DOCTOR ¡Muy simpática! ¿Cómo te llamas?

CAT. Catalina. (Haciendo una reverencia.)

CARLOS Es muy amable.

LUTZ Debo hacer observar a Vuestra Alteza...

DOCTOR (Interrumpiéndole y sin hacerle caso.) ¿Usted será sin duda el dueño del hotel?

RUD. José Ruder, para servirle. Esta es mi esposa. Si el señor príncipe se digna visitar sus habitaciones...

LUTZ Ruego a Vuestra Alteza que considere que es absolutamente imposible que habite en esta casa.

CARLOS (Con sorpresa.) ¿Por qué?

DOCTOR (Bruscamente.) ¿A qué viene eso?

LUTZ Las habitaciones son viejas, la escalera es obscura y el aspecto general de la casa es modestísimo.

DOCTOR Vaya una ridiculez.

LUTZ ¿Qué ridiculez?

DOCTOR Lo que está usted hablando. Por fortuna, a Dios gracias, aquí no hay palacios.

CAT. ¿No quieren quedarse? (Con inquietud y a media voz.)

LUTZ (Insistiendo.) Ruego a Vuestra Alteza, tenga en cuenta que en los bajos de esta casa está instalado un restaurant frecuentado por estudiantes y toda clase de gentes. Espero que Vuestra Alteza se dignará ordenar que vayamos interinamente a un hotel. Yo me encargaré de que al instante trasladen los equipajes.

CARLOS No sé.

DOCTOR Lo mejor será que Vuestra Alteza visite esa... horrible casa para decidir luego.

CARLOS (Vivamente.) Eso es.

(La orquesta ejecuta el «Gaudeamus» y lo cantan todos los estudiantes.)

Gaudeamus igitur,
Júvenes dum sumus.
Post jucundam juventutem.
Post molestam senectutem.
Nos habebit humus.
Nos habebit humus.

CARLOS (Sorprendido, escucha.) ¿Qué es eso?

LUTZ Son los estudiantes, Alteza.

CARLOS ¡Doctor!
DOCTOR ¿Alteza?
CARLOS Entremos. (Entra en la casa y los demás le siguen, menos el Doctor que intenta hacerlo, pero se sienta rendido de fatiga.)
DOCTOR *¡Gaudeamus!* ¡Viva la alegría de vivir!... Pero yo estoy ya cansado, perdido...

## ESCENA X

DOCTOR y CATALINA, que entra y se le acerca

CAT. ¿Se queda el príncipe?
DOCTOR No lo sé.
CAT. Debe quedarse.
DOCTOR ¿Quiere usted que se quede? Pues, traiga usted una botella del mejor vino del Neckar, y mientras la vaciamos se podrá deliberar acerca de ello.
CAT. Perfectamente.
DOCTOR Del mejor vino, ¿eh?
CAT. El mejor que haya en la casa. (Sale aprisa.)
DOCTOR Dios mío, te lo suplico una vez más: devuelve la salud a este viejo profesor en su querida Heidelberg. Yo te prometo, en cambio, no beber vino ni cerveza y entregarme a la vida higiénica. ¡Dios mío! (Se sienta y bosteza.) Pero quiá, no puedo con mi alma; estoy rendido... (Cruza las manos sobre la barriga y cierra los ojos.)

## ESCENA XI

DOCTOR y CARLOS ENRIQUE, saliendo de la casa en busca del Doctor

CARLOS Doctor. (El Doctor no contesta. Duerme. Se le acerca Carlos Enrique.) Doctor.
DOCTOR ¿Qué ocurre?

CARLOS Nos quedamos.

DOCTOR ¿Dónde?

CARLOS Aquí. El jardín está lleno de estudiantes Desde la ventana se les ve divinamente Vamos a contemplar el espectáculo.

DOCTOR Sí, sí. (Casi dormido.)

CARLOS Junto del río han puesto luces que producen un efecto delicioso. Hay que ir a verlo, Doctor.

DOCTOR ¿Está decidido que nos quedamos aquí?

CARLOS Ya lo creo.

DOCTOR (Bosteza.) ¡Es una lástima que me sienta tan fatigado del viaje!

CARLOS Parece mentira. Si la mitad del camino lo ha pasado usted durmiendo.

DOCTOR Precisamente esta necesidad de dormir constituye mi desgracia. Ya sé que no debiera dormir, pero, ¿qué le voy a hacer si se me cierran los ojos? (Bosteza.)

CARLOS (Con insistencia.) Vámonos a tomar un *punch*. Hoy no es noche de dormir. Estaremos con los estudiantes hasta la madrugada.

DOCTOR ¿Qué hace Catalina que no trae el vino? ¿Te acuerdas da las muchachas que vimos en Francfort? ¡Eran deliciosas! Las mujeres de las orillas del Rhin, son de otra raza que las nuestras. Ya irás conociéndolas y te aseguro que no has de arrepentirte. (Se le cierran los ojos.)

CARLOS ¡Doctor! (Sacudiéndole.)

DOCTOR Sí, sí. Mañana empezaremos. Por algo decía ayer Su Alteza Serenísima: «El año que Su Alteza pasará en la Universidad, debe consagrarlo exclusivamente a la cultura científica, prescindiendo de los placeres.» ¡Nada de placeres, nada de pasatiempos!

CARLOS Pero Doctor, no se duerma usted.

DOCTOR (Sobresaltado.) ¡Qué ocurre! (Despertando y mirando a su alrededor y con solemnidad.) Sí, ese es el Neckar. En sus riberas se cosecha un vino exquisito, Carlos Enrique. (Se duerme.)

CARLOS (Sacudiéndole.) ¡Doctor, doctor! (Con tristeza.) Si pudiera al menos juntarme con los estudiantes. (Lanza un suspiro.)

## ESCENA XII

Los mismos y CATALINA

CAT. Como se va echando encima la noche, traigo a más del vino la lámpara. ¡Oh, pobre señor, se ha dormido! (Trae una lámpara con una pantalla que oculta la luz para el público al mismo tiempo que ilumina el grupo.)

CARLOS Sí.

CAT. Traeré un almohadón.

CARLOS No, no hay necesidad.

CAT. (Sirviéndole.) ¿Usted no quiere beber?

CARLOS Sí. Muchas gracias. (Bebe.)

CAT. ¿Le parece a usted bueno?

CARLOS Es excelente. (Pausa corta.)

CAT. Que día más caluroso.

CARLOS Es cierto.

CAT. ¿No conocía usted Heidelberg?

CARLOS ¡No!

CAT. ¿Y Tubinga?

CARLOS Tampoco.

CAT. La semana próxima, con motivo de la estancia en Heidelberg del doctor Schefel, habrá retreta en su honor.

CARLOS ¡Ah! ¿De veras?

CAT. Sí. (Pausa.) (Aparte.) (Me parece que los príncipes no son muy divertidos.) No le ha gustado el vino, ¿verdad?

CARLOS Mucho. Es esquisito.

CAT. Este año se paga muy caro. Pero esto no les debe importar a los príncipes.

CARLOS ¿Cómo?

CAT. Decía que a un príncipe debe importarle muy poco que el vino se pague caro.

CARLOS ¡Ah!

CAT. ¿No tiene usted hermanos?
CARLOS ¿Si tengo qué? (Con ligera impaciencia.)
CAT. ¿Hermanos que sean príncipes como usted?
CARLOS ¡No!
CAT. ¿Y hermanas?
CARLOS Tampoco.
CAT. ¿Y padres?
CARLOS Han muerto.
CAT. ¡Qué lástima! ¡También murieron los míos!
CARLOS ¡Oh!
CAT. ¿El Príncipe de Karlsburg no es, pues, su padre?
CARLOS No. Es mi tío.
CAT. ¡Ah! (Pausa.) Yo no soy de aquí... pero me gusta tanto Heidelberg que quisiera pasar en ella toda mi vida. (Escancia el vino.) ¿No bebe usted más?
CARLOS Gracias. (Pausa larga.)
CAT. ¿Qué le han parecido los versos que le he recitado?
CARLOS Muy lindos.
CAT. No, ¿verdad? No eran bonitos...
CARLOS Al contrario, me han parecido muy bien.
CAT. Me daba mucha vergüenza decirlos. Y a tener usted otro tipo, le hubiera dado el ramo sin recitar la poesía.
CARLOS ¿Otro tipo? ¿Qué tipo había de tener?
CAT. (Vergozosa.) ¡Qué sé yo! (Carlos la atrae suavemente.) (Esquiva.) No... ¿Usted no sabe que hace ya un año estoy prometida?
CARLOS (Con timidez.) ¡Ah! ¡No sabía!...
CAT. (Sonriendo.) Estoy prometida, pero va todavía para largo. Mi novio Francisco es quien quisiera casarse en seguida. (Pausa.) Pero a mí no me corre prisa. No vive en Heidelberg mi novio.
CARLOS ¿Ah no?
CAT. No, vive en Viena. Es tratante en ganado y gana mucho dinero. Hace poco el príncipe Nicolás le compró dos caballos. ¿Quiere

usted ver su retrato? (Enseña un medallón.) ¿No es feo, verdad? (Carlos Enrique mira el retrato por encima las espaldas de Catalina.) ¡Pero no sé, no acaba de gustarme!...

CARLOS ¿No?

CAT. Empieza yo a ser viejo. Tiene cerca de treinta años. Además, yo no quiero ir a Viena; no me gusta.

CARLOS ¿Pero si es su prometida?... (Le pone la mano en la espalda.)

CAT. Es un arreglo de familia. Cosa de mis tíos que son parientes suyos. Era yo muy niña y decían ya que había de casarme con él. El año pasado escribió preguntándome si yo le quería...

CARLOS ¡Ah!

CAT. Todos me aconsejaron que le aceptase por novio, pero yo le contesté que quería aguardar algún tiempo... ¡Claro que al fin tendré que casarme! No he de quedarme siempre en Heidelberg, ¿verdad?

CARLOS ¡Claro! (Pausa.)

CAT. Ya deben estar aguardándome.

CARLOS Catalina. (Cogiéndola.) Dulce Catalina. (La besa.)

CAT. (Ruborizándose y dirigiéndose al foro.) No me ha dicho usted todavía su nombre.

CARLOS Me llamo Carlos Enrique.

CAT. ¿Dos nombres?

CARLOS Sí.

CAT. Carlos Enrique... Es un nombre muy bonito...

CARLOS ¡No te vayas, Catalina!

CAT. Luego volveré... (Sale mirando al Príncipe.)

## ESCENA XIII

CARLOS ENRIQUE, CONDE y después KELLERMAN

COND. Estamos casi a obscuras, Kellerman; hay que colocar algunas luces: voy a romper-

me el bautismo. ¿Quién anda por ahí? (Toma la lámpara y enfoca la luz en pleno rostro a Carlos Enrique.) Usted dispense.

CARLOS No hay de qué...(Embarazado.)

COND. Le había confundido a usted con Engelbreckt.

CARLOS ¡Oh!

COND. (Examinando a Carlos Enrique.) ¿Es usted estudiante? Del primer semestre, ¿verdad? ¿Acaba usted de llegar?

CARLOS Sí...

COND. ¡Kellerman! ¡Tráenos cerveza!

KELL. Al momento, señor Conde. (Sale Kellerman Trae dos vasos.)

COND. Que no me moleste nadie mientras bebo con el señor. (Presentándose.) Soy el Conde de Asterberg, del grupo de Sajonia. (Acerca la lámpara al Doctor.) ¿Quién es ese? Pobre viejo, está dormido. (Riendo. Carlos Enrique hace lo mismo aunque con embarazo.) En Heidelberg todo es soportable menos el aislamiento. Ya lo dice el cantar.

«Vieja Heidelberg, noble ciudad
rica de gloria y majestad;
el Neckar padre, el verde Rhin,
han hecho de oro tu destino;
como en ti empieza su camino,
la juventud no le ve el fin,
Vieja Heidelberg, hija del Rhin,
ciudad del libro y del buen vino.

Aquí no se concibe la vida estudiantil sin compañeros para gozarla. ¡A su salud! (Brindando. Nota con extrañeza que Carlos Enrique ha dejado en la mesa su bock sin tapar y con viveza le baja la tapadera.) El encanto de Heidelberg está en la gorra de los estudiantes, en la cerveza y en el vino.

CRRLOS ¡Sí!

COND. Kellerman. (Llamando. Kellerman trae dos bocks más.)

CARLOS A su salud.

COND. ¿Y cómo duerme ese buen señor? ¿Quién es?

CARLOS Es mi... mi compañero.

COND. Su tipo inspira confianza. ¿Es alegre!

CARLOS ¡Ya lo creo!

COND. Pues le nombraremos «bebedor honorario». (Gesto de extrañeza de Carlos Enrique.) Damos este nombre a los que sin ser estudiantes toman parte en nuestras fiestas. ¿Está usted decidido a alistarse en nuestro grupo, en el grupo de los sajones?

CARLOS (Preocupado.) No sé, no sé si puedo.

COND. ¿Qué es eso de no poder? Todos los novatos salen con esa monserga. Aquí todo el mundo es libre en sus decisiones.

CARLOS Es que yo no lo soy.

COND. La experiencia ha demostrado, amigo mío, que el hombre no puede vivir aislado. Hombre sin amigos es hombres perdido.

CARLOS (Á media voz y con tristeza.) ¡Yo no he tenido nunca amigos!

COND. (Con seriedad.) No te comprendo. No nos conocemos aún, pero no importa... Me has sido simpático, y quiero que seas de los nuestros.... (Le da la mano. La orquesta ejecuta la canción «Ergo Bibamus»s coreada por los estudiantes. Los sonidos llegan algo apagados.) ¿No conoces esta canción?

CARLOS No.

COND. (Ríe.) ¡Pues apenas es conocida! Es la canción de aquél pobre viejo que se llamaba Goethe. ¿Sabes dónde se estudia la poesía alemana? Pues en nuestras Universidades. Escucha. (Recita los versos lentamente con fuerza y sentimiento como si los dijera para sí mismo, prescindiendo de Carlos Enrique, mientras el coro en el foro continúa cantando.)

Venid, venid que es la grande ocasión,
alzad la voz; *¡ergo bibamus!*
corrió el licor, se abrió el corazón.
Con fe cantad; *ergo bibamus.*

Decid el cantar que enciende la alegría,
aquél del nacer y aquél del morir,
razón del placer, placer sin medida,
un triunfador: *ergo bibamus.*
¿Qué me diréis del tiempo actual?
ni bien, ni mal,
ni sí, ni no: *bibamus.*
Oh palabra sonora
luz de la noche, resplandor de la aurora,
repetid ahora
*¡bibamus!*
Picaporte de oro sobre todas las puertas,
sol que se encuentra todas las ventanas abiertas,
palabra que nos duermes y a la vez nos despiertas,
decid, cantad, *¡bibamus!*

¡A tu salud! (Cogiendo un vaso.) ¡A nuestra amistad!

CARLOS (Brindando.) ¡A nuestra amistad!

COND. (Gritando con voz de trueno.) ¡Aquí los de Sajonia. Aquí todos! ¡Kellerman, compañeros, venga una gorra! (Aparecen todos los estudiantes, quita a uno la gorra y la coloca con rudeza en la cabeza de Carlos Enrique.) ¡Así!

## ESCENA XIV

Los mismos y los SAJONES que entran por grupos

ENG. ¡Qué ocurre!

COND. Os presento a un nuevo compañero.

BILZ. ¿Dónde está?

COND. Acabo de descubrirlo ahora mismo, mientras tu abusabas de las libaciones.

BILZ. Tengo mucho gusto. (Tendiendo la mano.)

COND. (Sacudiendo al doctor.) Aquí aparece otro que duerme como un lirón. Habrá que nombrarle bebedor honorario.

DOCTOR ¿Qué hay?

COND. Permitidme que haga las presentaciones.

El señor, el señor... (Buscando el apellido.) ¡Por vida de... he olvidado su nombre!

CARLOS Soy el príncipe heredero de Sajonia Karlsburg... (Aturdimiento general.)

COND. ¡Cómo!

DOCTOR ¡Qué ocurre, Alteza! ¡Qué significa eso!

CARLOS ¡Querido doctor!

DOCTOR ¡Nada de farsas de carnaval! Todo menos eso, Carlos Enrique. Si en Karlsburg se enteran me mandan a presidio.

## ESCENA XV

Los mismos y CATALINA

COND. Ven Catalina, tú serás la primera en felicitarle (Presentándola.) La señorita Catalina. Su Alteza el príncipe heredero de Sajonia Karlsburg.

CAT. (Riéndose.) Vaya una novedad. Ya le conozco. ¡Si es Carlos Enrique! (Riendo.)

DOCTOR ¡Cómo! (Fuera de sí.)

CAT. Sí, Carlos Enrique.

DOCTOR Eso es demasiado. ¿Qué ha pasado aquí? (La orquesta ejecuta la canción de la Primavera.)

COND. ¡Venerable señor, ha llegado la Primavera!

CARLOS (Cogiendo por la mano a Catalina.) Sí, querido doctor, es la Primavera que ha llegado. (Todos rodean al doctor.)

DOCTOR (Sonriendo.) ¡Adiós mi gran cruz de Sajonia.

COND. ¡Viva el príncipe Carlos Enrique!

TODOS ¡Viva! (Arrojan al aire las gorras.)

CARLOS ¡Viva Catalina! (Abrazándola.)

TODOS ¡Viva!

DOCTOR (Con entusiasmo.) ¡Viva la juventud, hijos míos! (Gritos y aclamaciones. La orquesta toca una marcha.)

TELÓN

FIN DEL ACTO S GUNDO



# ACTO TERCERO

Gabinete de estudio de Carlos Enrique en la casa de Ruder. Muebles antiguos que recuerdan el tipo característico de las casas de la clase media. En las paredes grabados con escenas de «Pablo y Virginia» u otros por el estilo. En otros cuadros, retratos y fotografías de estudiantes puestas en modestos marcos. Panoplias con armas. Adosado a una de las paredes un piano. En otro lugar un armario con vajilla. Junto a una de las ventanas un diván. Son las cinco de la mañana. El sol penetra por una ventana abierta, desde la cual se ve, en el fondo, el castillo de Heidelberg. La otra ventana está cerrada. Fuera, pían los pájaros.

## ESCENA PRIMERA

LUTZ, solo

(Se halla durmiendo en el diván. Dan las cinco en un campanario vecino. Después de una breve pausa despierta sobresaltado.)

LUTZ — ¿Qué hora será? (Mirando el reloj.) ¡Las cinco! ¡Qué barbaridad! ¡Otra noche perdida! ¡Otra noche fuera de casa! (Dirigiéndose hacia la ventana.) ¡Al diablo los pájaros! (Pausa.) Tengo el cuerpo molido. ¡Claro! A la una me desperté, luego a las dos y a las tres... Y Su Alteza sin venir! ¡Es insoportable se-

mejante desorden! ¡Llevamos ya meses y meses así! (Estirando uno de los brazos.) ¡Ay!... ¡Ay mi brazo! No puedo moverlo. (Amenazando con el puño por la ventana.) ¡Ah! ciudad maldita... Esto no es vida... (Llaman.) ¿Quién es?

## ESCENA II

El mismo y ANA

(Entra Ana con una escoba, un cubo y un rodillo.)

ANA ¿Se puede?

LUTZ Pase.

ANA ¿Está usted levantado, señor Lutz?

LUTZ (Malhumorado.) Sí; ya estoy levantado. Soy el primero que se acuesta y el último que se levanta... ¡Digo!... Quise decir todo lo contrario... ¡Ya empiezo a disparatar!

ANA Madruga usted demasiado, señor Lutz. Debiera usted dormir más.

LUTZ Si no es vida la que llevo. Cargado de reuma como estoy y tener que pasar en vela la mayor parte de las noches.

ANA (Empezando a pasar el rodillo por el suelo.) Anoche dejó usted casi toda la cena.

LUTZ ¡Valiente cena! ¡Dos bocadillos de jamón y una botella de cerveza! Si en Karlsburg se les ocurre una noche servirme semejante comida se la tiro a la cabeza del cocinero.

ANA Si es lo que yo digo... Es usted digno de lástima, señor Lutz...

LUTZ En la corte no me faltaba nunca mi botella de vino añejo en cada comida... Me acostaba a las diez de la noche, me desayunaba por la mañana con un caldo de huevo, almorzaba luego y al anochecer todos los días, unos alones de pollo y unos solomillos de ternera... Pero aquí... No pa-

rece sino que han desencadenado en contra mía a todos los diablos del infierno.

ANA ¡Virgen Santísima!

LUTZ Es que ha de saber usted que yo no soy un lacayo ni un criado vulgar. Los derechos y los deberes de un ayuda de cámara están bien definidos como los de cualquier funcionario. Un lacayo es como un peón de albañil y un ayuda de cámara es un artista.

ANA ¡Ah!

LUTZ Y la culpa de cuanto me ocurre la tiene ese gracioso de Doctor que se pasa el santo día gritándome: «Lutz, tráigame usted café.» «Lutz, vaya a comprarme cigarros;» el día menos pensado va a mandarme que le limpie los zapatos... Quisiera que se le antojase a fe. Ya sabría cual es mi respuesta...

ANA ¡Pobre señor Lutz!

LUTZ Y no es esto todo. Indigna y subleva que a mí se me haga comer con usted y con los demás criados. Como si yo no fuese de una condición muy distinta.

ANA Tiene usted razón.

LUTZ Váyase ahora... Veré si puedo conciliar el sueño un rato.

ANA Catalina está ahora preparando el café... ¿Quiere usted tomar una taza?

LUTZ No, muchas gracias... (Sale Ana.) ¡Dormir! ¡Si yo pudiese dormir lo menos cuatro o cinco horas!... (Se oye el ruido de un carruaje y gritos y risas fuera.) ¿Eh? ¡Ya están aquí!

CARLOS (Desde fuera.) ¡Lutz! ¡Hola, Lutz! (Gran ruido y gritos fuera.)

VOCES ¡Lutz! ¡Demonio de Lutz!

CARLOS Abre la puerta, Lutz.

LUTZ En seguida, Alteza. Al momento...

DOCTOR Eche la llave de la puerta, Lutz.

## ESCENA III

CATALINA, LUTZ y CARLOS ENRIQUE, desde fuera

CAT. (Entrando.) ¡Jesús! ¡Qué gritos! (Se acerca a la ventana, levantando la cortina y asomándose.) ¡Vais a echar abajo la puerta!

CARLOS Buenos días, Catalina.

CAT. ¿No os avergonzáis de llegar a estas horas? ¡Son las cinco de la mañana! (Volviéndose hacia Lutz.) ¡Pero vaya usted a abrir la puerta!

LUTZ A eso voy...

CAT. (Cogéndole la llave de las manos.) ¡Uf! ¡Qué flema de hombre! (Gritando desde la ventana.) ¡Cuidado! Carlos Enrique, pon tu gorra. Ahí va la llave.

CARLOS ¡Bravo, Catalina! (Aplausos y vivas fuera.)

CAT. Bajo a recibiros. (Atraviesa la escena dirigiéndose hacia la puerta. Lutz se interpone.)

LUTZ ¿Yo no sirvo, pues, para nada?

CAT. (Apartándole.) ¡Usted es un posma! (Sale corriendo.)

LUTZ No sé, no sé como logro contenerme.

## ESCENA IV

CARLOS ENRIQUE entra dando el brazo a CATALINA. Lleva el cuello del gabán levantado. Le siguen el CONDE DETLEV, ENGELBRECHT, BILZ y por fin el DOCTOR y KELLERMAN. Este se dirige hacia el diván y se tumba. Engelbrecht se deja caer dormido en una silla.

CARLOS Hay que continuar la fiesta. No vale ya la pena de acostarse. ¡Qué lástima, Catalina, no hayas estado con nosotros!

CAT. ¡Jesús! ¡Qué manos!

CARLOS (Mostrando los guantes llenos de polvo.) He pasado cuatro horas en el pescante.

(Entra el DOCTOR con sombrero de copa y las manos en los bolsillos, atravesando la escena.)

COND. Buenos días, Lutz.

LUTZ Buenos días, señor Conde.

COND. Vea que no entren los perros y que les den de beber.

CARLOS ¡Lutz!

LUTZ ¡Alteza! (Le ayuda a quitarse el gabán.)

CARLOS Ha hecho usted bien en dormir, Lutz.

LUTZ ¡Dormir! ¿Yo he dormido?

CARLOS ¿Os parece que bebamos un ponche? ¡Catalina! Tráenos unas botellas de ponche. Lutz, ayude a Catalina...

DOCTOR (Abre el piano.) ¡Lutz!

LUTZ (Reprimiéndose.) ¡Mande!

DOCTOR Tráigame cigarros.

COND. (Subido en una silla escudriña el armario.) Ahí está el cogñac y las copas. Carlos Enrique, no está mal provista tu biblioteca. Lutz, tome usted.

CARLOS Tú, Catalina, prepáranos el café. Lutz te ayudará. Pero quizás sería mejor ir a tomarlo al Castillo. (Fijándose en Engelbercht dormido.) ¡Eh, tú! ¡Dormilón! ¡Aquí no se duerme!

ENGEL. ¡Dejadme; estoy reventado!

(El Doctor se ha sentado al piano y toca unos compases de «Madame Angot.»)

CARLOS ¡No, Doctor, por Dios! (Corriendo y cerrándole el piano estrepitosamente.) ¡Qué deliciosa noche hemos pasado, Catalina! Hasta las tres hemos bailado en Juguenheim y al regresar nos hemos hecho abrir todas las cervecerías. ¡Si llegas a venir con nosotros!...

DOCTOR Alguno de vosotros me ayudará a acostarme, ¿verdad? (Todos ríen.)

TODOS ¡A la cama el Doctor!

CARLOS ¡Lutz! .. Acompañe al Doctor a su habitación y ayúdele a desnudarse.

LUTZ ¡Pero!...

CAT. ¡Pobre Doctor!

CARLOS (Cariñoso al Doctor.) ¿Hemos abusado un poco de usted, verdad Doctor?

DOCTOR Sí, sí; ya sé lo que os habéis propuesto entre todos. Queréis acabar conmigo y no tardaréis en lograrlo. Yo vine a Heidelberg para reponerme y llevar una vida tranquila y ordenada. Y a este paso me entierran antes de un año. (Todos ríen.) Si no os enmendáis, dimito el cargo de preceptor... y arregláos.

CARLOS (Sonriendo.) Tiene razón el Doctor. Basta ya por hoy. Son las seis. Que se vaya todo el mundo a su casa y a las nueve nos reuniremos en el Castillo; os invito a un ponche turco.

TODOS Bravo. ¡Perfectamente!

DOCTOR (Adelantándose.) ¡Ah! Yo soy también de la partida.

CARLOS ¿Usted?

DOCTOR Sí, sí, yo. ¿Piensas tú que mientras os estaréis divirtiendo en el Castillo, me voy a quedar durmiendo? ¡Eso quisiérais!... (Coge el sombrero de encima de una silla.) ¿Quién se ha sentado sobre mi sombrero? ¡Lutz! Vaya a mi cuarto y tráigame el otro sombrero... el nuevo... el de París.

COND. ¡Este doctor es delicioso! ¡Viva el doctor Juttner!

CARLOS No, Doctor. Usted debe quedarse. Necesita usted descansar.

CAT. Sí, Doctor. Váyase a la cama. (Cogiéndole por el brazo.)

DOCTOR (A Catalina.) Tú no te metas en mis cosas. No quiero acostarme y no me acostaré.

CAT. (Con mimo.) Pero si se le están cerrando los ojos.

DOCTOR (Después de una pausa.) Sí, hija mía, tienes razón. (Con mucho cariño.) Tú sola te interesas por este pobre viejo. Todos esos quieren acabar conmigo. Voy a tomar una taza de te y me acuesto.

CARLOS Gracias a Dios que es usted razonable.

DOCTOR ¡Lutz! Deme el brazo, amigo Lutz. Usted también es un buen amigo mío aunque no me puede sufrir. ¡Se niega a quitarme los zapatos cuando me ve rendido de fatiga!... Pero no es mala persona.

LUTZ (Conteniendo la indignación.) ¡Señor Doctor!

BILZ. (Dando el brazo al Doctor.) Vamos, Doctor, vamos.

DOCTOR Muchas gracias, Bilz... Buenas noches, Carlos Enrique. (Saluda a todos con la mano muy amable.) ¡Buenas noches! (Sale con Lutz y Catalina.)

CARLOS (Ofreciendo cigarrillos.) ¿Quién quiere fumar? (Sacudiendo a Engelbrecht.) Esto es inaguantable. Lleváos a ese. ¡Anda, despierta!

ENG. ¡Déjame!...

COND. Vamos a sacarle de ahí... Nos lo llevamos y le haremos bañar en el río a ver si así se le quita la modorra. Anda, ¡vamos a tomar un baño! (Entre Detlev y los demás se lo llevan medio a rastras.)

ENG. (Medio dormido.) ¿Un baño has dicho? ¡Bueno!

COND. (A Carlos Enrique.) Abre la puerta... ¡Y cómo pesa este bárbaro! (Salen.)

CARLOS (Gritándoles.) ¡Cuidado no vayais a rodar por las escaleras!

## ESCENA V

CARLOS-ENRIQUE, CATALINA y KELLERMAN

CAT. Todavía está aquí el bedel... Kellerman.

CARLOS ¿Dónde está?

CAT. Aquí, dormido en el diván... (Llamándole.) ¡Kellerman!

CARLOS Déjale, pobre hombre.

CAT. No va a quedarse aquí durmiendo. ¡Que se vaya a su casa!

CARLOS Sí, tienes razón. Pobre Kellerman. No pa-

ra noche y día! Siempre tan servicial y amable con todo el mundo.

CAT. ¡Kellerman!

KELL. (Despertando.) Enseguida... Mande usted, señor.

CAT. Váyase a dormir a su casa, Kellerman. No hace falta que vuelva en todo el día, ¿verdad?

CARLOS ¿Cuántos años tiene usted, Kellerman?

KELL. Sesenta y uno, señor.

CARLOS ¿Y no tiene usted hijos y mujer? (Kellerman bosteza.)

CAT. Conteste usted, hombre... La viejecita que viene todos los días a recoger la ropa es su mujer.

CARLOS (Dándole una moneda.) Tome usted, Kellerman. Dé usted ese dinero a su mujer... (Kellerman no se atreve a aceptar el dinero. Carlos Enrique sonríe.) Oiga usted: ¿Le gustaría servir en Palacio?... Pues bien, yo le prometo el día que sea príncipe reinante, tomarle a mi servicio...

KELL. ¡Señor!... ¡Alteza!

CAT. Váyase ahora... váyase a acostar. (Sale Kellerman.)

CARLOS Abre la ventana, Catalina... (Se asoma.) ¡Qué día más hermoso! ¿Sabes qué deberíamos hacer para gozar de este tiempo tan espléndido? Ven a las once a buscarme al Castillo. Dejaré a los compañeros y nos iremos los dos solos...

CAT. ¿Dónde iremos?

CARLOS A Konigsbert....

CAT. O a Volfsbrunnen.

CARLOS ¡Más lejos aún!...

CAT. ¿A Odenwald? (Abrazándole cariñosamente sentad a su lado en el diván.)

CARLOS (Recitando.)

Hay un árbol de cien años
en la selva de Odenwald;

son besos de amor sus flores
y nunca se secarán.
¡Cuántas veces nos ha visto
a mí mudo, a ti temblar!
¿No te acuerdas, Catalina
de la selva de Odenwald?

CAT. ¡Carlos Enrique!

CARLOS (Apoya la cabeza en el hombro de Catalina.) ¡Qué dulce es tenerte a mi lado, Catalina! ¡Qué placer descansar así!

CAT. ¡Duerme!...

CARLOS (Levantándose con resolución.) No, tiempo tendré para dormir. (Dando el brazo a Catalina pasea por el gabinete deteniéndose delante de los retratos de las paredes. Leyendo.) Carlos Hohenloe 1848 49. Conde Bredow, 1855. Todos fueron estudiantes y todos ocuparon este mismo gabinete... (Sigue leyendo y Catalina repite los nombres.) Furstemberg, 1868-70. La mayor parte no deben acordarse ya de Heidelberg o quizás han muerto. ¡Su felicidad pasó!... Nosotros somos ahora los dichosos. ¿Verdad Catalina?

CAT. ¡Carlos Enrique!

CARLOS (Con melancolía.) ¿Cuánto durará nuestra felicidad? (Pausa.) ¡Y quién sabe quién vendrá después! Pero, ¡qué importa! Gocemos nosotros ahora de la vida y de la juventud... ¡Harto tiempo tuviéronme encarcelado! Hemos de gozar y divertirnos, Catalina. Hemos de hacer un viaje, huir de todos, escaparnos unos días y recorrer mundo... Iremos a París, ¿quieres?

CAT. (Sonriendo.) ¿A París?

CARLOS ¿Te parece una locura? Pues nada más sencillo. Tomamos el tren al anochecer y mañana estamos en París. ¿Qué te parece?

CAT. ¡Oh! ¡Seria delicioso!

CARLOS Pues está decidido... Tú verás que encanto... Compraremos vestidos de seda, grandes sombreros, flores, plumas... Tú serás

la princesa, la más hermosa de todas las princesas... Llegaremos en coche al hotel despertando la envidia de todo el mundo... Recorreremos todos los teatros, iremos a fiestas, a bailes... ¡tú verás!

CAT. ¿Y luego?

CARLOS ¿Luego? Pues luego... si todavía nos queda dinero... iremos más lejos... a Londres...

CAT. ¡Qué locuras se te ocurren!

CARLOS Si no es locura... Hablo con formalidad... Vas a verlo. (Llamando.) ¡Lutz!

LUTZ (Entrando.) ¡Alteza!

CARLOS Tráigame al instante la guía de ferrocarriles. (Sale Lutz.)

CAT. Pero, ¿hablas en serio?

CARLOS (Llamando de nuevo.) ¡Lutz! (Aparece Lutz.) Avise inmediatamente que me manden el coche, pero con caballos de refresco.

LUTZ Al instante, Alteza. (Sale Lutz.)

CARLOS Saldremos galopando de Heidelberg, despertando a todo el mundo para que envidie nuestra felicidad, Catalina...

CAT. ¡Pero a estas horas!

CARLOS Sí, sí, en seguida. Ponte el vestido blanco, el mejor que tengas. Iremos a Odenwald.

CAT. ¿A Odenwald? (Acompañando a Catalina hasta la puerta.)

CARLOS Sí: y al anochecer... a París... (Sale Catalina. Aparece Lutz.)

LUTZ ¡Alteza!

CARLOS ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

LUTZ Acaba de llegar Su Excelencia...

CARLOS ¿Quién?

LUTZ El señor Ministro de Estado.

CARLOS ¿Qué? ¿Está usted soñando?

LUTZ (Se dirige hacia la puerta y anuncia.) ¡Su Excelencia el señor Ministro de Estado! (Sale Lutz.)

## ESCENA VI

CARLOS ENRIQUE y MINISTRO

MIN. (Saludando.) ¡Alteza!
CARLOS (Con sorpresa.) ¡Señor Ministro!
MIN. Excusará Vuestra Alteza que haya llegado de improviso...
CARLOS Supongo estará usted aquí de paso...
MIN. Acabo de llegar de Karlsburg. He viajado de noche y vengo a comunicar a Vuestra Alteza una noticia desgraciadamente muy triste...
CARLOS ¿Una noticia?
MIN. El caso no es por fortuna desesperado y el estado de...
CARLOS ¿El estado de quién?
MIN. No ignora Vuestra Alteza que desde hace unos meses la salud de Su Alteza Serenísima nos tenía en inquietud constante...
CARLOS (Con emoción.) Sí... ¿Y qué más?
MIN. Ayer por la mañana Su Alteza sufrió un ataque...
CARLOS (Con inquietud.) ¿Ayer?... Pero siéntese, yo se lo ruego. (Se dirige hacia la puerta llamando.) ¡Lutz!
LUTZ (Entrando. ¡Alteza!
CARLOS (Pausa.) No recuerdo ahora lo que quería mandarle... Avise al Doctor Juttner, que venga al instante... No... aguarde usted... Pero sí... inmediamente.
MIN. El caso es más grave de lo que supusimos en los primeros momentos. Se han presentado síntomas de parálisis y es lo más probable que el príncipe quede imposibilitado por todo lo que le resta de vida...
CARLOS (Divagando.) ¡La parálisis!...
MIN. Dado el estado dé Su Alteza Serenísima, es casi seguro que en mucho tiempo no podrá ocuparse de los asuntos de Estado...

CARLOS ¡Ah!

MIN. Su dolencia puede durar muchos años.

CARLOS ¿Muchos años?

MIN. Esta es la opinión de los médicos... (Pausa.)

CARLOS Pero... en fin... ¿cuál es el objeto de su visita?

MIN. Vuestra Alteza está poco familiarizado con los asunto del Gobierno y comprendo cuán doloroso ha de serle encargarse en estas dolorosas cincunstancias de misión tan delicada.

CARLOS (Con sobresalto.) ¿Qué dice usted? ¿Yo?

MIN. Habrá que constituir una regencia... y...

CARLOS ¿Y quieren que yo regrese a Karlsburg?

MIN. ¡Ha de considerar Vuestra Alteza!...

CARLOS ¡Sí, comprendo! ¡Quieren encadenarme al pobre enfermo y encerrarme de nuevo en la Corte donde he vivido veinte años sin respirar libremente. (Fuera de sí y dirigiéndose hacia la puerta.) ¡Lutz! ¿Cómo no viene el Doctor? Avísele otra vez!... (Pausa.) No, no, Es imposible... No quiero volver a Karlsburg... Es inútil que usted insista, señor Ministro...

MIN. Vuestra Alteza...

CARLOS Repito a usted que es inútil... Siento vivamente la desgracia de mi pobre tio, la siento con toda mi alma, pero no puedo, no quiero regresar a la corte. Yo no soy más que un extraño en la corte de Karlsburg. Educado en ella he vivido siempre aislado, sin cariño, sin afecciones, sin conocer a nadie. ¿Conozco acaso íntimamente siquiera a mi pobre tío? ¿Y a usted señor Ministro, le conozco por ventura? Yo no conozco allí más que a los criados y a los lacayos con quienes me mandaban a pasear y con quienes jugaba de niño.

MIN. ¡Alteza!

CARLOS Sí, era un niño a quien no habían enseñado a reir y a quien manejaba a su antojo todo el mundo. Habia vivido siempre solo, sin un cariño, sin conciencia del mundo

hasta el día que decidieron mandarme a Heidelberg, no ciertamente, para que aquí se formase mi espíritu, sino para que continuase vegetando en el aislamiento... Pero aquí he aprendido a vivir, Excelencia, y he abierto por fin los ojos a la realidad...

MIN. Yo no puedo juzgar si hubiera sido quizás más conveniente mandar a Vuestra Alteza a una Universidad del Sur de Alemania.

CARLOS ¡Oh! Tiene usted razón. Usted está a cubierto de toda responsabilidad. (Pausa.) ¡Un año de Universidad!... Pero un año tiene doce meses y yo solo he pasado cuatro en Heidelberg... No he de renunciar de ningun modo a los ocho meses que me faltan. ¡Bastante juventud me han robado ya en la corte!

MIN. ¿Vuestra Alteza se niega, pues, a regresar a Karlsburg?

CARLOS Me niego en absoluto, señor ministro.

MIN. Muy a pesar mío, he de recordar a Vuestra Alteza su situación. Vuestra Alteza es el único representante de la casa reinante y el obligado a recoger la herencia del príncipe. Además, en estas dolorosas circunstancias, nadie más que Vuestra Alteza tiene el derecho y el deber de encargarse de la regencia.

CARLOS ¿Y si rehuso? ¿Y si me niego a ello?

MIN. En tal caso rogaré a Vuestra Alteza que me releve del penoso deber de exponerle las tristes consecuencias de decisión semejante.

CARLOS Lo cual quiere decir que no puedo tener voluntad propia, que no tengo libertad ninguna, que no puedo disponer de mí mismo... ¡que soy un prisionero!

MIN. Todos somos prisioneros, Alteza, de nuestro deber... Es el destino de todos los hombres.

CARLOS No, esto no es cierto. Todos los hombres, es verdad, están encadenados a una vida

de trabajo constante y de penosos deberes, pero todo el mundo deja detrás de sí un pasado de juventud. Cuantos nos rodean, no han vivido aislados de niños, de estudiantes, ni de jóvenes. Se les ha educado para ser hombres y como a tales han vivido y vivirán toda la vida. ¡Y sólo yo soy de naturaleza distinta! ¡Sólo yo he de vivir siempre ahogándome entre las cuatro paredes de un castillo que habrán de parecerme ahora más estrechas y más tristes que nunca!

MIN. ¡Alteza!

CARLOS (Abatido.) Concédanme un plazo... un año... algunos meses más... Luego regresaré a la corte... luego quizás hallaremos una solución...

MIN. No es posible, Alteza. (Carlos Enrique se deja caer abatido en un sillón.) Ni yo ni nadie podemos obligar a Vuestra Alteza a que regrese inmediatamente a la Corte. Vuestra Alteza sabe perfectamente lo que ha de resolver y las pesadas obligaciones que le esperan. La existencia de los principes, que aparece a los ojos de la multitud rodeada de fausto y de felicidad, es muy a menudo una existencia dolorosa, pródiga tan sólo en trabajos y sinsabores... Si Vuestra Alteza prefiere a la vida austera de la Corte, la vida que aquí lleva... yo no podré impedirlo... (Pausa.) Los príncipes no pueden menos de vivir aislados... Un abismo les separa de los demás hombres, aun de aquellos que por su condición y nacimiento son los servidores más inmediatos y más fieles del trono. Este aislamiento forzoso y absoluto es, seguramente, lo más doloroso de su misión, pero es también el secreto de su fuerza. (Pausa.) ¡Alteza!...

CARLOS (Bruscamente.) Sí... Tiene usted razón... Volveré a Karlsburg...

MIN. (Levantándose.) Ei correo de Francfort sale

dentro de una hora. ¿Aguardaré a Vuestr Alteza en la estación? (Carlos Enrique hace u signo afirmativo. El Ministro sale, el príncipe se dej caer en una silla, escondiendo la cara entre las ma nos.)

## ESCENA VII

CARLOS ENRIQUE y DOCTOR JUTTNER

DOCTOR (Entrando con bata.) ¿Es verdad? ¿Te vas a Karlsburg?

CARLOS (Se levanta sollozando y se abraza al Doctor.) ¡Doctor!

DOCTOR ¡Tranquilízate, hijo mío! (Pausa.) No hay motivo para apenarse de ese modo... Quizás se hayan alarmado sin motivo... y probablemente dentro de un par de semanas el príncipe se hallará restablecido. Tiene apenas sesenta y cinco años y siempre ha sido un hombre robusto... Es natural que estés a su lado mientras se halla enfermo, pero dentro de algunas semanas estarás de regreso... Ten la seguridad de ello...

CARLOS Pero Doctor...

DOCTOR Tú te apuras en seguida... Todo se te antoja irremediable... Has de tener un poco más de energía... ¡Cómo se conoce que no has luchado nunca por la vida!

CARLOS (Con esperanza.) Pero usted cree, Doctor...

DOCTOR Antes de quince días estarás de vuelta. Yo te respondo de ello. Te acompaño, ¿eh?

CARLOS No, querido Doctor. Usted se quedará y durante mi ausencia atenderá a su salud. Bastante hemos abusado de usted en estos últimos meses.

DOCTOR (Con gesto de tristeza.) ¡Como gustes!

CARLOS Sí. A usted no le conviene el trasiego. Ocupará usted mis habitaciones y mis

compañeros vendrán a visitarle y a distraerle...

DOCTOR ¡Hum!

CARLOS Le dejaré a usted a Lutz para que le sirva.

DOCTOR (Sonriendo.) No. Muchas gracias. (El Doctor se levanta. Carlos Enrique va para ayudarle.) No, no te molestes... Mira, no tienes tiempo que perder. Es ya muy tarde... (Pausa.) Despidámonos sin ceremonia. Sería ridículo... ¡Antes de tres semanas estarás de regreso!... De todos modos como nadie puede prever lo que ocurrirá y podría suceder también, que no nos viésemos ya más... no olvides nunca lo que tantas veces te he repetido, hijo mío. «Se siempre joven, Carlos Enrique, sé siempre cual eres, aunque todo el mundo se empeñe en cambiarte...» Quizás algún día al evocar estos meses pasados en Heidelberg, pensarás que hiciste mal en intimar con ciertas gentes y en permitirles ciertas familiaridades. Y es probable que los cortesanos te den la razón, si tal piensas, hablándote de tu dignidad de príncipe y de qué se yo cuantas cosas más... ¡No les creas, Carlos Enrique! ¡No les creas, hijo mío! (Le estrecha la mano y se dirige hacia la puerta. Al llegar a ella, atraviesa la escena, abrazando conmovido al príncipe y saliendo luego precipitadamente.)

## ESCENA VIII

CARLOS ENRIQUE, LUTZ, enseguida CATALINA

LUTZ (Lutz entra con un maletin de mano.) ¿Desea Vuestra Alteza guardar algún objeto en el saco de mano?

CARLOS Sí. Déjelo ahí?

CAT. (Entra precipitadamente. Lleva vestido blanco.) ¿Me han dicho que te marchas?

CARLOS Sí, Catalina.

CAT. ¿A Karlsburg?

CARLOS (Sonriendo con esfuerzo.) Sí... No podemos hacer la excursión que habíamos proyectado. ¡Qué lástima, verdad! ¡Un día tan espléndido!...

CAT. (Con tristeza.) Sí...

(Los dos procuran durante la escena ocultar la emoción profunda que les embarga.)

CARLOS ¡Qué le vamos a hacer! ¡Lo dejaremos para otro día! (Riendo forzadamente.) La montaña no se la van a llevar mientras esté yo ausente, ¿verdad? (Carlos Enrique coloca algunos objetos en el maletin.)

CAT. (Sonriendo.) Deja, yo te ayudaré...

CARLOS ¡Te habías puesto ya el vestido blanco!

CAT. ¡Oh! ¡No importa!... (Pausa.) Escríbeme el día que regreses; iré a recibirte a la estación.

CARLOS Sí... (Pausa. Resuelto.) No sé porque he de preocuparme. No lograrán torcer mi voluntad ni encarcelarme por segunda vez. (Nervioso.) Trae, Catalina. Es ya muy tarde. (Mira el reloj.) ¿Hay algo más?... Puedes cerrarla. No creo que olvide nada... (Catalina no puede contener la emoción.) ¡Ah! ¡La gorra! (Se quita la gorra.) ¿Dónde está el sombrero? (Catalina va a buscarlo al armario.) ¡Oh! ¡Qué lleno de polvo! ¡Cuatro meses ahí guardado¡

CAT. ¡Trae! (Lo cepilla.)

CARLOS ¡La divisa! (Se quita la banda y la dobla lentamente.) ¡Guárdala en el maletin y la gorra también! (Carlos Enrique se pone el gabán y el sombrero.) Muy bien... (Sonriendo con tristeza.) ¡Hemos de separarnos ya, Catalina!...

CAT. (Conmovida.) Sí.

CARLOS Adiós, Catalina... Pensarás en mí, ¿verdad? (Catalina afirma con un gesto sin poder decir palabra.) No me olvides, ¿eh?... Adiós... (Catalina le acompaña hasta la puerta y no pudiendo contenerse ya, le echa los brazos al cuello, sollozando.)

CAT. ¡No te veré ya más!...

CARLOS ¡Catalina!

CAT. ¡Ya no volverás, Carlos Enrique! ¡Ya no te veré más!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



# ACTO CUARTO

Gabinete de trabajo del príncipe CARLOS ENRIQUE, en el castillo de Karlsburg: habitación sombría, amplia y sencilla. Gran mesa de trabajo con lámpara eléctrica, biblioteca con muchos libros, etc. Han transcurrido dos años.

## ESCENA PRIMERA

El INTENDENTE y un CHAMBELÁN

CHAM. ¡Sólo faltan quince días para el matrimonio de su Alteza!

INT. Hace apenas un año que acompañamos al difunto Príncipe al cementerio y desde entonces el palacio de Karlsburg, que semejaba un hospital, se ha convertido en una tumba, donde parece nos tienen enterrados en vida. ¡Qué va a ser de esta corte! Creímos todos que con el nuevo príncipe entraría en el palacio una ráfaga de juventud y ha ocurrido todo lo contrario. Yo no pretendo que se organicen a diario espectáculos y fiestas extraordinarias, pero era lógico esperar que el príncipe no se mostraría esquivo a las aspiraciones de la Corte y de todo el país.

CHAM. Así era de suponer, teniendo en cuenta que Su Alteza era un príncipe amable, expansivo y alegre.

INT. (Con amargura). No tanto: No lo crea usted. El príncipe ya desde niño fué siempre arisco y reservado.

CHAM. No obstante, de su estancia en la Universidad de Heidelberg, se cuentan ciertas aventuras...

INT. Sí, ciertamente, pero debe haber en ello mucho de exageración. Cuando Su Alteza sale en coche, se queda como hundido en el carruaje y apenas contesta a los saludos. El difunto príncipe nada tenía de amable, pero el actual le hace bueno. No soy de los que gustan de murmuraciones; pero, francamente, después de haber servido lealmente por espacio de treinta años a nuestros príncipes, no me siento con fuerzas, á mis años, para soportar la situación actual.

CHAM. Quizá todo cambie con la boda de Su Alteza.

INT. Es posible; pero no creo en milagros. Al fin y al cabo se trata de un matrimonio de conveniencia preparado desde hace muchos años por el difunto príncipe. Habrá las fiestas y recepciones de costumbre y después el palacio volverá a su sueño habitual, convirtiéndose nuevamente en una tumba. (Se aleja.)

CHAM. ¡Ah! Una palabra, excelencia. Esta mañana se ha presentado un tipo muy raro que dijo llegaba de Heidelberg.

INT. ¿Qué quería?

CHAM. Hablar a Su Alteza. Ha dicho que se llamaba Kellerman.

INT. (Con impaciencia). ¿Y qué más?

CHAM. Pretendía presentar a Su Alteza una peticion, que, según él dice, le prometió en Heidelberg, despacharla favorablemente.

INT. Vendrá a pedir algún socorro. Es lo corriente. Díganle que presente su petición por escrito.

## ESCENA II

LUTZ ha entrado sin hacer ruido, fingiendo tener que hacer algo. Entra luego SCHOLERMAN.

LUTZ. (Abriendo la puerta al Intendente). Excelencia...

INT. ¿Su Alteza se halla aún en el parque?

LUTZ. Sí, excelencia.

INT. ¿Solo?

LUTZ. Completamente solo.

INT. (Mirando significativamente al Chambelán). Siempre solo. Constantemente solo. (Sale con el Chambelán. Entra Scholerman con un fajo de documentos y papeles).

LUTZ. Colóquelos en aquella mesa. (Scholermann deposita los documentos y papeles sobre la mesa y se dispone a salir. Lutz, cogiendo una fotografía que está sobre la mesa). ¿Qué le parece a usted, Scholerman? Se ha recibido hoy... Es la última fotografía de la princesa..

SCHOL. ¿De la prometida del príncipe?

LUTZ. ¿Es hermosa? ¿Verdad?

SCHOL. Muy hermosa. (Con admiración). (Coloca el retrato en su sitio.)

LUTZ. Querido Scholerman, voy a darle una noticia que con seguridad ha de interesarle y que no me importa que repita con cierta discreción... «Su Alteza se ha dignado conceder a su primer ayuda de cámara, señor Lutz, una licencia de tres semanas para después de las fiestas de la boda. El señor Lutz piensa aprovechar la licencia para hacer una pequeña cura en Kissingen.» ¿Ha comprendido usted?

SCHOL. Perfectamente, señor Lutz.

LUTZ El señor Lutz se siente encantado de semejante favor porque no sabe que Su Alteza lo haya concedido a otro ninguno de sus servidores. La fecha de la partida del

señor Lutz no está fijada todavía, pero es casi seguro que será durante el próximo mes de Junio...

SCHOL. Permítame el señor Lutz que le felicite cordialmente.

LUTZ Muchas gracias. Su Alteza ha querido, sin duda, recompensarme por los sacrificios y molestias pasadas durante su permanencia en Heidelberg.

SCHOL. Es natural.

LUTZ Quisiera que el Doctor Juttner, que en gloria esté, que se permitía tratarme con tanta impertinencia en aquella época, pudiese ver mi situación actual en la corte de Karlsburg. Cuando recuerdo aquellos días de humillación, siento que me hierve la sangre. (Se oye un timbre eléctrico que suena largamente.)

SCHOL. ¡Su Alteza!

LUTZ Recuerda usted, Scholerman, lo que le he comunicado: una licencia de tres semanas y lo demás... No me importa que la noticia aparezca en algún periódico. (Reflexionando.) «Parece que el señor Lutz, para restablecer su salud algo quebrantada... etc.»

SCHOL. Muy bien, señor Lutz. (Sale Scholerman. Lutz se acerca a la puerta y la abre de par en par quedando inmóvil. Pausa larga.)

## ESCENA III

CARLOS ENRIQUE y LUTZ

(Entra y se quita lentamente el sombrero y los guantes sin proferir ni una palabra. Lutz cierra la puerta. Carlos Enrique coge algunos de los documentos que están encima de la mesa y los examina. Después los deja, mira con indiferencia lo que tiene enfrente y secamente exclama.)

CARLOS ¿Quién está ahí?

LUTZ Su excelencia el señor Intendente. (Lutz

enciende la lámpara eléctrica que está en la mesa de Príncipe. Pausa.) ¿Qué hora es?

LUTZ ¡Las nueve y media, Señor!

CARLOS ¿Por qué están cerradas las ventanas? ¿Quién lo ha mandado? (Lutz abre las ventanas con viveza.) (Pausa.) (Se sienta junto la mesa y lee.) Que pase el Intendente.

LUTZ (Se acerca a la puerta y anuncia en alta voz.) Su excelencia el señor Intendente de palacio.

## ESCENA IV

CARLOS ENRIQUE y el INTENDENTE

INT. ¿Alteza?

CARLOS Siéntese. Haga el obsequio. ¿Qué hay?

INT. Ya está definitivamente ultimado el programa de los festejos con motivo del matrimonio de Vuestra Alteza, previo acuerdo de las cancillerías de ambas cortes. El día 24 de Mayo, Vuestra Alteza saldrá de Karlsburg; la ceremonia nupcial se verificará el 27, y el día 1.º de Junio Vuestra Alteza hará la entrada en Karlsburg, acompañado de Su Alteza la Princesa. (Carlos Enrique haee un signo de asentimiento.) El día 2 de Junio gran marcha de las antorchas y banquete en palacio. El día 3 recepción de las comisiones que vendrán a felicitar a Vuestra Alteza, y gran baile en palacio. (Carlos Enrique hace un signo de asentimiento.) El día 5...

CARLOS Déme el programa. Lo examinaré luego. (El Intendente se lo entrega.) ¿No hay nada más?

INT. Nada más, Alteza.

CARLOS Muchas gracias. (El Intendente se aleja.) Una palabra.

INT. ¡Alteza!

CARLOS Hace más de un año di orden de que se erigiese a costa mía un monumento en el cementerio de Heidelberg a la memoria del doctor Juttner. ¿Se han cumplido mis ordenes?

INT. Seguramente, Alteza. Me enteraré al instante.

CARLOS Yo se lo ruego.

INT. Todos guardamos un excelente recuerdo doctor Juttner. Era un hombre amable y muy simpático, que tuvo el honor de dirigir durante algunos años la educación científica de Vuestra Alteza.

CARLOS (Bruscamente.) Sí.

INT. Era un hombre distinguido que sabía cumplir fielmente su misión de preceptor.

CARLOS ¿Usted lo cree?

INT. (Azorado.) ¿Acaso no es esta la opinión de de Vuesta Alteza?

CARLOS Fué verdaderamente una ocurrencia escoger a semejante hombre para preceptor.

INT. ¿Alteza?

CARLOS Que demuestra la indiferencia con que en esta corte cuidaron de lo que pudiese interesarme.

INT. En esa época yo no era..,

CARLOS ¡Oh! No le hago a usted ningún cargo.

INT. Es muy fácil equivocarse al juzgar a los hombres. Yo creía... Es indudable que el doctor producía buena impresión, pero no obstante, se veía claramente que no era el hombre indicado para el cargo que ejercía, que le faltaban condiciones para alternar en la corte.

CARLOS (Con decisión e ironía.) El doctor era un hombre de corazón, excelencia.

INT. (Perplejo.) Indudablemente.

CARLOS ¡Dejémosle descansar en paz! (Después de una pausa despide al Intendente haciéndole una señal con la mano.)

INT. (Se aleja y después se acerca nuevamente al príncipe.) Perdone Vuestra Alteza.

CARLOS ¿Qué hay?

INT. Al nombrar hace un instante Heidelberg me he acordado que hace poco se ha presentado un sujeto, procedente de dicha población, que solicita una audiencia de Vuestra Alteza.

CORLOS (Fríamente.) ¿Qué quiere?

INT. Presentar una petición, que, según asegura, Vuestra Alteza le prometió en otra época resolver favorablemente.

CARLOS (Fríamente.) ¿Cómo se llama?

INT. Kellerman. (Incorporándose y haciendo memoria.)

CARLOS ¿Kellerman?

INT. Sí, Alteza, Kellerman.

CARLOS ¡De Heidelberg! (Bajo a sí mismo.)

INT. De Heidelberg, Alteza... (Para disimular la emoción hojea los documentos que están encima de la mesa.)

CARLOS Puede llevarse esos papeles.

INT. Tengo copia de ellos, Alteza. (Carlos se levanta.)

CARLOS Recibiré a ese señor Kellerman.

INT. ¿Esta misma noche?

CARLOS Sí; ahora mismo. ¿No dijo usted que aguardaba?

INT. Perfectamente, Alteza. (Sale.)

CARLOS (De pie con la mirada fija, con voz de emoción, después de larga pausa.) ¡Kellerman! ¡Kellerman! Sí, indudablemente alguien de allá... ¡Calle! Sí, sí. ¡El bueno de Kellerman!

## ESCENA V

CARLOS ENRIQUE y KELLERMAN. Un lacayo abre la puerta y entra Kellerman.

(El príncipe está al lado extremo de la habitación, opuesto a la puerta por donde ha entrado Kellerman a quien mira fijamente. Este se fija tímidamente en lo que le rodea, conservando en la mano derecha el sombrero de copa. Después Carlos Enrique se le acerca y le pone las manos en la espalda.)

CARLOS ¡Kellerman!

KELL. ¡Alteza!

CARLOS (Llevándole suavemente hacia la luz.) Deja que te vea, Kellerman. (Sonriendo y con voz temblorosa de emoción.) ¡El bueno de Kellerman! ¡El excelente Kellerman que llega de Heidelberg con su frac y su sombrero de copa a recordarme la promesa que le hice! (Kellerman desconcertado coge las manos del príncipe. Carlos Enrique sonríe.) Pues bien, es cosa resuelta. ¿Cuándo has venido? ¿Hoy? ¿Tendrás apetito? Y sobre todo sed, ¿verdad? (Toca el timbre.) Siéntate aquí. (Aparece en la puerta un lacayo.) Traigan algo de comer para este caballero. (El lacayo queda estupefacto.) ¿Qué aguarda? Aquí, sí, aquí. ¿Qué tiene eso de raro? (El lacayo sale). Deja que te vea bien; apenas has envejecido, Kellerman. Y tú, dí, ¿me has reconocido en seguida, verdad?

KELL. Ya lo creo, Alteza.

CARLOS (Como absorbido por sus pensamientos.) ¡Cuántas cosas han pasado en los dos años que no nos habíamos visto!

KELL. ¿Podrá acompañarme mi mujer y vivir aquí conmigo?

CARLOS Naturalmente. Pero ya comprenderás que aquí no podrá coser mi ropa como en Heidelberg. (Kellerman ríe con embarazo.) Pero hablemos de algo más importante. ¿Qué gente ha quedado en Heidelberg? ¿El conde de Asterberg, está aún allí?

KELL. ¿El conde de Asterber?... No, no está ya, Alteza.

CARLOS ¿Y Carlos Bilz?

KELL. Sí, Alteza. El señor Bilz sí, éste sí.

CARLOS ¿Y Engelbrecht?

KELL. También está allí?

CARLOS ¿Y los demás?

KELL. La mayor parte ya se han dispersado.

CARLOS ¿De modo que sólo quedan dos de mis antiguos compañeros? (Entra un lacayo con comida, vino, platos y copas. Pausa. Carlos Enrique se

alegra por momentos.) ¿Y quién ocupa actualmente mis habitaciones? ¿Se baten aún valerosamente los estudiantes? ¿Van todavía al Castillo a tomar el aperitivo?

KELL. (Aturdido.) Sí, Alteza, sí.

CARLOS (De repente y con algún sonrojo.) ¿Y qué ha sido de Catalina?

KELL. (Sin comprender.) ¿Catalina?

CARLOS (Embarazado.) Si; la muchachita que servía en casa de Ruder.

KELL. (Esforzándose para recordar.) ¡Ah! ¡Sí... aun está allí!

CARLOS ¿Siempre en casa de Ruder?

KELL. Sí, Alteza.

CARLOS ¿Y está bien?

KELL. Muy bien.

CARLOS (Con insistencia.) ¿De modo que aun está en casa de Ruder.

KELL. (Sorprendido de la agitación del príncipe.) Sí, sí, Alteza. Llega uno a casa Ruder y se encuentra al momento con ella.

CARLOS (Mirando fijamente, sin fijarse en Kellerman.) ¡Qué olvidadizos son los jóvenes! ¡Y con qué facilidad olvidan los espíritus débiles! Todo está igual, dice este pobre hombre. Todo está igual en Heidelberg y allí la vida se desliza lo mismo y todo el mundo se divierte sin acordarse de que exista el prínpe Carlos Enrique (Pausa.)

KELL. (Después de haber bebido.) ¡Oh! En Heidelberg todo ha cambiado. Todos dicen que no es lo mismo que cuando estaba allí Vuestra Alteza.

CARLOS (Con alegría.) ¿Eso dicen? ¿De modo que hay todavía quien se acuerda de mi?

KELL. ¡Oh, sí!

CARLOS (Con avidez.) ¿Y la chica... la muchachita de casa Ruder?

KELL. ¿Catalina?... Sí... esa ha llorado mucho. (Carlos Enrique es presa de encontrados sentimientos. Pausa. Después toca el timbre.)

LAC. ¡Alteza!

CARLOS Este caballero se alojará esta noche en el Castillo. Que le preparen una habitación en seguida. (El lacayo saluda). Ve a descansar, Kellerman, y mañana me darás nuevas noticias. (Acompañando a Kellerman hasta la puerta.) Hoy debes hallarte fatigado. (Sale Kellerman seguido del lacayo. Carlos Enrique con melancolía pasea agitado por la estancia. Después de una pausa.) Y dentro de quince días la boda... y luego la vida monótona, triste del hombre serio, ordenado, metódico. (Con risa amarga.) La existencia gris, sin matices y sin alternativas de este palacio que parece un sepulcro... (Suspira.) ¡Y he de resignarme y consolarme! (Fuera de sí.) ¡Qué silencio de muerte, Dios mío! ¡Todo duerme: el Castillo, la población, el país entero! ¡Son las diez! ¡En este mismo instante en el jardín de Casa Ruder debe reinar la alegría. Los estudiantes alrededor de las mesas cantarán brindando y viendo como atraviesa el jardín la dulce figura de Catalina con su traje de nieve! (Coge una copa.) «Bebe, Catalina». (Pausa. Azorado.) ¿Qué ocurre? ¿Quién ha gritado «A tu salud, Carlos Enrique»? (Bajando la voz.) Era la voz del Doctor: «¡A su salud, Doctor!» (Bajo.) ¡Qué hermosa vida la de Heidelberg! (Echa vino en su copa y la levanta en actitud de brindar, volviéndose hacia la parte obscura del salón. Se sienta y apoya la cabeza entre las manos.)

## ESCENA VI

CARLOS ENRIQUE y LUTZ

LUTZ ¿Ha llamado Su Alteza? (Carlos Enrique no contesta.) Creí... (Se acerca.)

CARLOS (Estremecido y nervioso.) ¿Qué ocurre?

LUTZ Creí que había llamado Vuestra Alteza.

CARLOS (Bruscamente.) No piense usted en acostarse, Lutz. Vaya al instante a preparar mi equipaje... Es necesario...

LUTZ (Estupefacto.) ¿Vuestra Alteza?

CARLOS Sí; nos vamos esta misma noche. Usted y Glanz me acompañarán. Saldremos inmediatamente para Heidelberg. (Abre un cajón de la mesa.) Ponga la gorra y la divisa en la maleta. (Mira la divisa y la arrolla como acariciándola.)

LUTZ ¿A Heidelberg?

CARLOS Estaremos allí dos días no más. No hay tiempo que perder. Dése prisa. (Lutz sale consternado. Carlos Enrique se pasea a grandes pasos agitado.) Y tú, cárcel de la corte, no has logrado aún apoderarte de mí... No me tienes todavía entre tus garras... No... Aun me quedan algunos días de vida verdadera.

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



# ACTO QUINTO

La misma decoración del segundo acto. Mesas con bocks y sillas alrededor de aquellas

## ESCENA PRIMERA

RUDER, SEÑORA RUDER y ANA. En el foro están los MÚSICOS afinando los instrumentos

RUD. (Muy atareado.) Los músicos han de colocarse a un lado y hay que poner una copa de honor para Su Alteza el príncipe. Faltan las guirnaldas; nada está terminado aún y todo anda manga por hombro.

S. RU. ¡Y lo peor es que Catalina no está en casa!

RUD. ¿Dónde ha ido?

S. RU. Ha salido a comprar no se qué, que faltaba. ¡Si supiese que el príncipe ha regresado!

RUD. Que alguien vaya a Heidelberg para que venga enseguida. José podría ir al instante y volver con ella.

S. RU. (Llamando.) ¡José! (Sale.)

## ESCENA II

RUDER, LUTZ y UN MÚSICO

(Entra Lutz por la izquierda con el empaque pretencioso que le caracteriza. Viste levita y lleva sombrero de copa. Examina la escena para ver si está a su gusto.)

LUTZ La mesa está bien colocada. También está bien escogido el sitio de honor destinado a Su Alteza. (Retirando un poco la silla.) Así. Es necesario, Ruder, que no olvide usted lo que voy a decirle. Mientras el príncipe esté aquí, ha de prohibirse a todo el mundo la entrada en el jardín, incluso a los parroquianos que lo frecuentan a diario.

RUD. (Amablemente.) Así se hará, señor Lutz.

LUTZ Llame a los músicos.

RUD. (Llamándoles.) ¡Señores músicos! (Agitado.) No se ocupan ustedes más que de charlar.

MUS. ¿Acaso está prohibido que hablemos?

RUD. (Irritado.) ¡No!

LUTZ (Con altanería.) ¡Silencio! Dentro de poco tendrán ustedes el honor de ejecutar algunas composiciones en presencia de Su Alteza. prevengo que deben evitar cuidadosamente que figure en el programa ningún canto que pueda resultar inconveniente o demasiado populachero.

MUS. (Turbado.) Nada de eso, señor Chambelán.

LUTZ ¡Conozco por experiencia lo que son esas canciones de estudiantes! Se lo advierto por su propio interés.

MUS. Se hará lo que indica el señor Chambelán.

LUTZ Ruder. Mande que esté preparado un coche para que pueda tomarlo Su Alteza cuando le parezca bien. Qué, ¿ha comprendido usted mis órdenes?

RUD. Perfectamente. (Sale.)

ANA (Entrando con una bandeja que contiene una botella de vino y vasos.) Vengo a ofrecerle a usted, señor Lutz, una copa de este vino. Es un vino excelente, del cual sólo quedan dos botellas.

LUTZ Muchas gracias. (Bebe.) En efecto, es excelente. (Bebe.) ¡Esquisito! (Con alguna alegría.) Es indudable que se recibe una impresión singular al volver al sitio donde se ha vivido una temporada.

ANA ¡Oh, señor Lutz! Esta casa ha cambiado mucho; no es como antes. Son pocos los estudiantes que ahora la frecuentan.

LUTZ ¿Y por qué motivo?

ANA No hay motivo ninguno. Dieron en decir que la cerveza no era tan buena como antes, y ahora van a otro lado.

LUTZ (Bebe.) Todo cambia: las personas y las cosas. (Bebe a sorbitos.) Y en esto precisamente, dicho sea entre nosotros, está el error del viaje de Su Alteza. (A media voz y con misterio.) Nunca había visto a Su Alteza en el estado de ánimo de esta mañana.

ANA (Con inquietud.) ¿No se hallaba satisfecho?

LUTZ Los estudiantes carecen absolutamente de tacto. Cuando un alto personaje tiene el capricho de realizar un viaje como el de Su Alteza, viaja de incógnito para evitar las molestias de la etiqueta y para que la gente se presente más suelta y alegre. Por este motivo los estudiantes debieron organizar alguna fiesta en que reinase el buen humor, para que Su Alteza pudiese exclamar: «¡Esto no se parece a mi vida habitual!»

ANA ¡Claro!

LUTZ ¡Pues bien, esos estudiantes hacen todo lo contrario! Su Alteza les ha recibido en el hotel y han tenido la ocurrencia de presentarse de frac como si se tratase de una recepción en la Corte. Su Alteza se ha pre-

sentado vestido con sencillez, sin insignias; ha sonreído afablemente, les ha tendido la mano con simpatía, y ellos, en vez de estrechársela efusivamente, han hecho juntos una gran reverencia y un orador ha soltado un discurso.

ANA (Sin comprender nada.) ¡Sí!

LUTZ (Después de una pausa.) Su Alteza después de la entrevista, ha quedado profundamente triste.

ANA ¡Oh!

LUTZ Después Su Alteza ha querido dar un paseo en bote por el Neckar, pero completamente solo.

ANA (Tristemente.) ¡Ha querido estar solo! ¡Qué tristeza!

LUTZ Su Alteza desembarcará aquí porque desea pasar un rato con esos estudiantes. Después, partiremos y terminará esta singular excursión. ¡Ya están aquí!

## ESCENA III

LUTZ y los ESTUDIANTES. Entran los sajones vestidos de frac

BILZ ¿Ha vuelto ya Su Alteza?

LUTZ (Alto.) No.

BILZ ¿Pasará Su Alteza la noche en Heidelberg?

LUTZ No. Su Alteza partirá a las siete. Les ruego que no insistan acerca de él para hacerle prolongar su estancia aquí. Es un deseo de Su Alteza que me ha encargado les trasmitiese.

BILZ (Emocionado.) Comprendido.

LUTZ Anoche, al llegar Su Alteza, manifestó que vería con gusto que se organizase una fiesta estudiantil, como las que antes se verificaban aquí, con música y canciones; pero como Su Alteza se ve precisado a abreviar

su estancia en Heidelberg, conviene ejecutar el programa con la mayor rapidez.

BILZ (Con creciente emoción.) Es natural.

LUTZ (Le vuelve la espalda y se dirige a Ana.) Es una gran verdad que la vida cambia, y si el tacto no es innato en uno, o la educación no nos lo ha proporcionado, es inútil pensar en que de improviso lo vamos a adquirir. (Se dirige al foro y se sienta de nuevo. Los estudiantes le miran algo molestados.)

ENG. Yo creo que soy el más indicado para dirigir algunas palabras al príncipe.

BILZ (Inseguro.) El mejor discurso, Engelbrech, es el que deja de pronunciarse.

ENG. ¿Pero tú crees?

BILZ ¡No sé!... Pero cuando comparo al Carlos Enrique de hoy con el de otro tiempo...

LUTZ (Levantándose rápidamente.) ¡Su Alteza!

TODOS (Atentos.) ¡Su Alteza!

LUTZ Ruder, vaya al embarcadero y procure que la barca atraque con la mayor suavidad. (Ruder obedece. Lutz, dirigiéndose a los estudiantes.) Señores: colóquense ustedes a este lado.

ENG. Hemos de pronunciar algunas palabras de bienvenida... (Pausa larga. Lutz se quita el sombrero y los estudiantes también se descubren.)

## ESCENA IV

Los mismos CARLOS ENRIQUE y el lacayo GLANZ

(Carlos Enrique entra lentamente, atraviesa la escena por el centro, sin pronunciar palabra y saluda fríamente a derecha e izquierda.)

LUTZ El carruaje está preparado, Alteza. El tren parte dentro de una hora.
(Carlos Enrique hace una inclinación de cabeza. Lutz se dirige al foro.)

ENG. Vuestra Alteza nos ha dispensado un gran honor viniendo a pasar unos instantes con nosotros en este lugar donde hace dos años estuvimos tantas horas en compañía de Vuestra Alteza. Agradecemos tal honor y damos a Vuestra Alteza la más cordial y respetuosa bienvenida.

CARLOS ¿Hace mucho tiempo que está usted en Hidelberg, Engelbrech?

ENG. (Balbuceando.) Cinco semestres.

CARLOS ¿Y se propone usted ser abogado o ingresar en la carrera administrativa?

ENG. Lo primero, Alteza.

CARLOS (A Bilz.) Y usted, ¿piensa pasar aún mucho tiempo en Heidelberg?

BILZ Hasta que termine mis estudios. (Carlos Enrique se fija en un tercer estudiante. Bilz hace la presentación.) El señor Bonzin.

CARLOS ¿De dónde es usted?

BONZ. De Brunswich, Alteza.

CARLOS ¿Estudia usted la carrera de derecho?

BONZ. Sí, Alteza. (Curlos Enrique se fija en otro estudiante.)

BILZ (Presentando.) De Reinicke.

CARLOS ¿Cuánto tiempo lleva usted en Heidelberg?

REINI. Tres semestres, Alteza.

CARLOS ¿Le gusta a usted la vida de estudiante?

REINI. Sí, Alteza.

CARLOS He ido esta mañana a visitar la tumba del doctor Juttner y me ha impresionado dolorosamente lo abandonada que se halla.

BILZ Alteza... ha sido...

CARLOS No, si no les dirijo ningun cargo. Pero les agradecería que no la olvidasen. El pobre doctor Juttner era mi mejor y más fiel amigo y no era tampoco por ustedes indiferente.

ENG. Los deseos de Vuestra Alteza son para nosotros un mandato.

BILZ Mañana iremos a visitar la tumba del Doctor.

CARLOS (Emocionado le tiende la mano.) Muchísimas gra-

cias, Bilz. ¡Pobre Juttner! ¡Pobre amigo de los estudiantes! (El príncipe hace una señal a Glanz, quien le entrega la gorra y recoge el sombrero. Pausa acompañada de tristeza. Carlos Enrique, después de un momento de abstracción, se yergue y sonríe.) Sentémonos, señores, y aprovechemos los pocos instantes que puedo pasar con ustedes en este jardín. ¿No hay música en la casa?

RUD. Sí, Alteza. ¡Hola! Ya pueden empezar los músicos. (Lleva un gran vaso de cerveza en la mano.)

CARLOS ¿Cómo va, Ruder?

RUD. Muy bien, Alteza.

CARLOS Venga ese vaso. (Ruder le da el que tiene entre manos.)

BILZ ¿Tiene predilección Vuestra Alteza por alguna canción?

CARLOS No; me es igual. La que ustedes gusten. (Los músicos afinan los instrumentos.)

BILZ ¡*Silentium*! Vaciemos el primer bock, a la salud de quien, al formar parte del grupo de Sajonia, le dió el mejor timbre de gloria. La presencia de Vuestra Alteza entre nosotros es la mejor prueba de que Su Alteza no ha olvidado aquellos tiempos felices, de los cuales todos guardaremos imborrable recuerdo. (Chocan los bocks para brindar.)

CARLOS Muchas gracias. A la salud de ustedes. (Chocan sus bocks con los de los demás. La orquesta ejecuta la canción «Oh hermosos días de la juventud» que es escuchada por el príncipe sin articular palabra. Cuando la orquesta repite la canción, el príncipe se yergue como si despertase de un sueño.) ¿Por qué no cantan ustedes? Canten; se lo ruego.

BILZ Con mucho gusto, Alteza. ¡*Silentium*! (La orquesta deja de tocar.) Va a empezar el canto. ¡*Silentium!* (Todos cantan a media voz, produciendo el canto una sugestión de profunda melancolía.)

Feliz ayer, dichosa edad,
alegres tiempos del amor,
antigua luz de libertad
que no has dejado resplandor.
Te busco en vano con afán.
Las flores muertas ¿dónde están?

(Carlos Enrique queda silencioso, agitado por diversidad de sentimientos.)

BILZ ¡*Silentium*! ¡*Cantus ex est*! (Carlos Enrique parece como abstraído.) ¿Desea Vuestra Alteza oir alguna otra composición? (Carlos Enrique mira fijamente lo que tiene enfrente sin comprender la pregunta.)

CARLOS ¿Cómo?

BILZ He dicho si deseaba Vuestra Alteza oir alguna otra composición.

CARLOS No, muchas gracias, no se molesten ustedes. Además; ya debe estar cerca el momento de partir. (Se levanta y los demás hacen lo mismo. Se despide de los estudiantes fríamente, distinguiendo a Bilz con mayor cordialidad. Salen todos. Carlos Enrique queda solo en la escena.)

## ESCENA V

CARLOS ENRIQUE y CATALINA

CAT. (Entrando.) ¡No es cierto! ¡Me han engañado! (Busca con gran excitación.) ¡No es cierto! (Continúa buscando y al fin acaba por ver al príncipe. Entonces lanza un grito salido de lo más profundo del alma.) ¡Carlos Enrique!

CARLOS ¡Catalina!

CAT. ¡Carlos Enrique! ¡Carlos Enrique!

CARLOS ¡Mi Catalina! ¡Mi adorada Catalina! (Catalina se lanza en sus brazos casi desvanecida. Pausa larga.)

CAT. ¡Al fin has vuelto!

CARLOS Sí, Catalina, he vuelto y me tienes en tus brazos.

CAT. ¡Deja que te mire! ¿Pero eres tú?

CARLOS ¡Sí!

CAT. ¡Sí! ¡Es mi Carlos Enrique! ¡Es el mismo! (Catalina le acaricia la cara y los cabellos con ternura como para asegurarse de que no se engaña.) ¡Has cambiado un poco... un poquitito! (Abrazándole con pasión.) ¡Si me parece un sueño! (Pausa.) ¿Y es cierto que te marchas dentro de poco?

CARLOS ¡Es cierto, Catalina! (Apretándola dolorosamente contra su corazón.)

CAT. ¡Tenia la seguridad de que volverías! ¡Te he esperado todos los días! (Acariciándole la cara.) Has adelgazado y estás más pálido. Habrás sufrido mucho, ¿verdad?

CARLOS ¡Sí, Catalina, mucho!

CAT. ¡Pobrecillo! (Acariciándole.) ¡Pobre amigo mío! Pero ya no sufres, ¿verdad? Has de estar alegre, has de reirte como cuando te hallabas aquí...

CARLOS Me he acordado siempre de tí, Catalina, y no pudiendo resistir ya más la soledad de la Corte, huí de noche para verte, quizás, por última vez.

CAT. (Estrechándole entre sus brazos.) ¡Carlos Enrique! (Pausa.)

CARLOS La vieja ciudad de Heidelberg no ha cambiado. Todo está igual... Sólo han cambiado los hombres. Mis antiguos compañeros me parecen gente desconocida. Tú eres siempre mi dulce Catalina, mi Catalina adorada...

CAT. (Obligándole a sentarse junto a ella.) Siéntate aquí, a mi lado. ¿Recuerdas el día de tu partida? ¡Qué felices éramos! Proyectábamos una excursión a la montaña... queríamos ir a Odenwald... y luego a París... ¿Te acuerdas?

CARLOS Sí... allá arriba, junto a la ventana, soñábamos las más hermosas locuras... nos hallábamos solos... ¡y éramos dichosos!

CAT. ¡Qué tristeza y qué soledad desde enton-

ces! ¡Qué cortos fueron los dias felices, Carlos Enrique! ¡Pasaron para no volver!

CARLOS ¡Pobre Catalina mía!

CAT. ¡Yo ya no río como entonces! ¡Cuánto ha cambiado esta casa! Los estudiantes nos han abandonado... ¡Yo también deberé marcharme muy pronto!...

CARLOS ¿Y dónde irás?

CAT. A Viena. Me ha escrito Francisco que está dispuesto a casarse conmigo cuanto antes mejor.

CARLOS Sí.

CAT. Hace ya tiempo que debía haberme decidido a ello. (Pausa.)

CARLOS Yo también me caso, Catalina. ¿Lo sabías?

CAT. Sí; lo leí en un periódico... y compré tu fotografía y la de la princesa, tu prometida... ¡Es muy hermosa! (Esperando ansiosamente la contestación. Carlos Enrique levanta indiferentemente las espaldas. Catalina dice en voz baja.) ¡Sé bueno con ella! ¡Hazla dichosa, Carlos Enrique!

CARLOS (La coge por los brazos y la sacude violentamente.) ¡Catalina! (Estallando.) ¡Catalina!

CAT. (Cogiendo entre sus manos la cabeza de Carlos Enrique.) ¡No estés triste! Yo quiero que vivas siempre dichoso. Moriría de pena si creyera que no has de recobrar la alegria perdida, Carlos Enrique. (Pausa.) ¡Despidámonos pronto, pobre amigo mío!... (Sollozando.)

CARLOS (Con melancólica resolución.) ¡Sí; tienes razón!

CAT. Ha ocurrido lo que debia ocurrir... ¡Son tan cortos los años de nuestra juventud!...

CARLOS Sí, Catalina.

CAT. Olvidemos aquellas locuras. Regresarás a tu palacio, te casarás... y vivirás dichoso... Yo no sé explicarme... Pero tú has de vivir de otro modo... tu felicidad y tu alegría han de hacer felices a los demás... ¿verdad?

CARLOS ¡Pobre Catalina mia!

## ESCENA VI

Los mismos y GLANZ

GLANZ (Entrando con discreción.) ¡Alteza!

CARLOS (Mirándole.) ¡Ah! Sí. ¡Al instante! (Sale el lacayo.)

CAT. ¡No te vayas aún!

CARLOS (Cogiéndola tiernamente.) ¡Catalina!

CAT. (Se apoya en él, colocándole las manos en la espalda.) ¡No te vayas aún!

CARLOS (Después de una gran pausa. Con resolución.) ¡Ya no volveremos a encontrarnos, Catalina!

CAT. ¡Mi Carlos Enrique!

CARLOS Este viaje a la vieja Heidelberg, habrá sido el último momento de felicidad de mi vida. Todo cambiará y todo se transformará alrededor nuestro, pero nada podrá borrar el recuerdo de este instante supremo. (Acariciándola.) ¡Yo nunca podré olvidarte, Catalina! ¡El deseo que sentía de volver a Heidelberg era para verte, para contemplarte un instante más! Y entre tanta gente que me ha parecido desconocida, sólo tú, Catalina, eres la misma de antes. (La besa y se dirige hacia el fondo.) ¡Adiós, Catalina! A nadie he querido más que a tí y nunca te olvidaré. ¡Tú has sido el único amor de mi vida! (Sale precipitadamente. Catalina avanza unos pasos y rompe a llorar amargamente.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA

# TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21. - BARCELONA

## OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlok Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El Nido Ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Cristo contra Mahoma
Los dioses de la mentira
Juventud de Príncipe

Seguirá la obra:

# JUAN JOSÉ

Celebrado y popular drama en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

DON JOAQUÍN DICENTA

Precio: DOS pesetas